

La Ilustración Artística

Año XXVI

← BARCELONA 29 DE ABRIL DE 1907 →

Núm. 1.322



El célebre pintor francés León Bonnat, en su taller, dando los últimos toques al retrato del presidente de la República que ha de figurar en el Salón de París del presente año. (De fotografía de M. Branger.)

SUMARIO

Texto. — *Crónica de teatros*, por Zeda. — *El anónimo*, por J. F. Luján. — *Barcelona. Hospitales de la Santa Cruz y de San Pablo.* — *De Marruecos. La conferencia colonial británica.* — *Nuestros grabados.* — *Barcelona. Atentado contra algunos candidatos solidarios.* — *Problema de ajedrez.* — *Aurette*, novela ilustrada (continuación). — *Muebles antiguos de los campesinos austro-húngaros*, por A. S. Levetus.

Grabados. — *El pintor León Bonnat en su taller.* — Dibujo de Calderé que ilustra el artículo *El anónimo.* — *La trilla*, cuadro de Constante Troyón. — *Comida en el bosque*, cuadro de Luis Dettmann. — *Barcelona. Perspectiva general del proyecto de los hospitales de la Santa Cruz y de San Pablo*, obra de D. Luis Doménech y Montaner. — *Marruecos. Dos vistas de Uxda.* — *Londres. La conferencia colonial. Recepción de los Delegados coloniales por el Lord Mayor en el Guildhall*, dibujo de A. Michael. — *Encajera*, escultura de Godofredo de Vreese. — *Busto retrato*, obra de Carlos van der Stappen. — *En el café*, cuadro de H. J. E. Evenepoel. — *Retrato*, pintado por Alberto Keller. — *Retrato del P. Wittibrord*, pintado por J. Engelhart. — *Castigada*, cuadro de S. Novo. — *El tenor José Palet.* — *El pianista Raúl Pignó.* — *El violinista Juan Kubelik.* — *Barcelona. Coche asaltado que conducía a los solidarios.* — *Muebles antiguos y otros utensilios de los campesinos austro-húngaros.* — *Barcelona. Almuerzo íntimo a los comisarios y delegados extranjeros de la Exposición Internacional de Bellas Artes.*

CRÓNICA DE TEATROS

La noche del estreno, en el teatro Español, de la comedia de Enrique Bernstein *Le voleur*, traducida al castellano con el título de *El ladrón*, encontré, al terminar el tercer acto, en el salón de descanso, a un distinguido escritor, heredero de un apellido ilustre en las letras españolas.

—He pasado la gran noche, me dijo.

—¿Le ha gustado a usted la comedia?, le pregunté.

—Precisamente porque no me gusta.

—¿Cómo!

—*Le voleur*, según parece, me respondió mi inteligente interlocutor, ha sido la obra que más aplausos ha alcanzado en París durante la temporada última. Se estrenó como quien dice ayer, y ya ha sido triunfalmente paseada por los principales teatros de Europa. Aquí, ya lo ve usted, nuestra gran actriz María Guerrero la ha elegido para su beneficio. Sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué?

—Es una obra menos que mediana y muy inferior a otras españolas que en nuestros teatros pasan casi inadvertidas ó son duramente rechazadas.

—¿Y eso qué prueba?

—Probar nada; pero a los que creemos que nuestra literatura dramática no se encuentra tan decaída como algunos se empeñan en propalar, nos causa una verdadera satisfacción ver que muchas comedias nuestras que son consideradas como insignificantes ó mediocres, aventajan a otras extranjeras que la crítica califica de maravillosas y estupendas...

Veamos ahora si era atinada la opinión de mi amigo.

Marisa y su marido Ricardo están pasando una temporada veraniega en la quinta ó *chateau* de un Sr. Lagardes, no sé cuántas veces millonario. Este Sr. Lagardes, casado en segundas nupcias con una linda joven, tiene de su primer matrimonio un hijo de veinte años llamado Fernando, que se ha prendado como lo que es, como un bobalicon, de la bella y elegante Marisa. Aunque esta señora quiere mucho a su marido, siéntese halagada por la pasión que ha inspirado a Fernando y flirtea con él de lo lindo, con lo cual el joven, que bebe los vientos por ella, no la deja a sol ni a sombra y aprovecha cuantas ocasiones se le presentan para dejar en la habitación de su adorado tormento billetes rebosantes de amorosa vehemencia. Al cabo Marisa, comprendiendo lo peligroso de tal juego, trata de desengañar a su insistente y enojoso amador, diciéndole que ella es una mujer honrada que adora a su marido y que está ya cansada y arrepentida de su inocente coqueteo. El muchacho, dolorido, pero no del todo desesperado, se dirige al parque de la quinta con la esperanza de que Marisa vaya a reunirse con él.

Claro es que la esperanza del joven, por tonto que sea, y lo es mucho, no puede ser más absurda después de lo que acaba de decirle, con toda seriedad, la señora de sus pensamientos; pero como para el desarrollo de la acción hace falta, según se verá luego, que Marisa encuentre a Fernando «cuando el diálogo lo requiere», Bernstein, que no se para en barras, no ha vacilado en emplear aquel falso recurso, que a la verdad es mucho menos absurdo que otros que después ha de poner en juego.

En la quinta del Sr. Lagardes habita también como invitado, desde hace poco tiempo, un personaje misterioso llamado M. Zambault. «¿Qué papel viene a hacer aquí este sujeto?», se pregunta en seguida el público. Las dudas duran poco. El Sr. Lagardes llama

a capítulo a su mujer, a Marisa y a Ricardo, y les cuenta que su esposa viene notando que le faltan importantes cantidades. Para averiguar quién es el que substrahe el dinero se le ha ocurrido al buen señor traerse a su casa un «magistrado libre», un polizonte inteligentísimo, M. Zambault, en una palabra, el cual ha descubierto ya quién es el ladrón.

En efecto, el magistrado libre, que a pesar de su fama de fino sabueso resulta luego un trompo, se presenta ante el conclave y allí, cediendo a las instancias de Lagardes, le espeta estas palabras: «El ladrón es su hijo de usted.»

Nótese ahora lo falso é inverosímil de esta escena. En primer lugar, ni al que asó la manteca se le ocurre convocar, como el Sr. Lagardes hace, a sus invitados para que delante de ellos haga el polizonte su sensacional acusación. Lo natural, lo lógico sería que el Sr. Zambault hiciera sus revelaciones en secreto al dueño del *chateau*, evitando a sus huéspedes una escena desagradable y de mal gusto. Por otra parte, el magistrado libre, convencido de que el ladrón era el hijo del Sr. Lagardes, ¿no habría evitado acusar en público al joven? La más elemental prudencia aconsejaba al polizonte decir reservadamente al Sr. Lagardes: «Su hijo de usted es el que ha substraído el dinero que usted echa de menos.» De este modo habrían procedido los personajes si no fuesen fantoches manejados por el autor según su capricho y no conforme a las exigencias de la lógica.

Digo más arriba que el Sr. Zambault es un trompo y su conducta lo prueba cumplidamente, no sólo por la ligereza con que en público denuncia a Fernando, sino por su torpeza como polizonte. Este magistrado libre se ha enterado de todos los pasos del hijo de Lagardes en París, conoce sus aventuras juveniles y sabe al centimo lo que el muchacho gasta; pero a pesar de tanta habilidad, que le coloca al nivel policiaco de un Goron, no se entera de los escarceos amorosos del joven con Marisa. La elegante señora, que es la verdadera ladrona, no sólo no se altera en lo más mínimo al oír que Zambault sabe quién es el autor del robo y que va a declararlo, sino que hasta se permite en tan críticos momentos bromitas y cuchufletas. Esta incomprensible y asombrosa serenidad va encaminada al pueril efecto de despistar al público para sorprenderle después. Habilidad de prestidigitador, no arte de dramaturgo.

Volvamos al argumento.

Marisa, en cuanto oye la afirmación del polizonte, escapa al parque a buscar al acusado, y tal maña se da, que en dos minutos que tarda en regresar a la escena acompañada del joven, éste viene ya resuelto a confesarse ladrón y con los billetes substraídos por Marisa en el bolsillo. Y es claro, el tontaina de Fernando echa sobre sí la culpa que no ha cometido y enseña el dinero robado; su padre, como es natural, se desespera, Marisa se queda tan fresca, su marido asombrado, el polizonte satisfecho... y *tableau*.

El acto segundo consta de una sola escena. A esta circunstancia ha atribuido la crítica francesa, y a imitación suya una parte de la española, gran mérito artístico. ¡Qué maravilla, se ha dicho, sostener el interés del público durante treinta minutos con sólo dos personajes! Lo primero que hace falta saber es si el interés de esa escena es realmente artístico, si nace del desarrollo y choque de las pasiones humanas ó de artificios folletinescamente falsos.

Veámoslo.

La escena representa la alcoba de Ricardo y Marisa. Esta decoración, como la del primer acto, es copia exacta, hasta en los más insignificantes pormenores, de la decoración con que *Le voleur* se representa actualmente en el teatro de la Renaissance de París. Ricardo está muy preocupado por el disgusto de su amigo Lagardes. La cosa, en rigor, no es para tanto. El que un hijo haya cogido a su padre, millonario, unas cuantas pesetillas, aunque es en verdad cosa muy mal hecha, no constituye motivo bastante para intranquilizar a los amigos de la casa. En rigor aquello, más que un grave delito, es una chiquillada de mal género... Con todo, Ricardo no sosiega, y a pesar de las instancias de su mujer para que deseche su preocupación, ésta la aguijonea de tal modo, que el buen señor se pone a probar si es posible forzar el secreter de su esposa con un cortaplumas, como, según Zambault, ha forzado el ladrón el secreter de su madrastra.

En efecto, el mueble se abre y Ricardo empieza a revolver los cajones. En uno de ellos hay una cartera. «Deja eso», grita asustada Marisa a su marido; pero él no hace caso, y examinando la cartera, encuentra en ella la respetable suma de 6.000 francos.

—¿De qué tienes tú este dinero?, pregunta Ricardo.

—Son mis ahorros, contesta Marisa.

La respuesta no satisface al escamado marido, que acosa con nuevas preguntas a su mujer, hasta que

ella, después de mil contradicciones, acaba por cantar de plano.

—Sí, exclama, yo he robado. Y he robado, viene a decir sobre poco más ó menos, por lo mucho que te amo, porque no quería que tus ojos se fijasen en otra mujer más elegante que yo, porque sé que tus gustos son refinados y no hubieras podido quererme, como yo anhelo ser querida, si me hubieses visto modestamente vestida y adornada.

Sin duda en París la pasión desenfadada del lujo sirve acaso, si no de disculpa, de atenuación al hurto de Marisa. Ante otros públicos la conducta de aquella ladronzuela que roba, no por hambre, no por salvar la vida a un hijo enfermo, sino para ataviarse con perifollos de subido valor, es sencillamente repugnante. Desde este momento el personaje no nos inspira interés, sino verdadera repulsión, y lo extraño es que no le cause la misma repulsión a su ciego marido. Y digo ciego, porque a no estarlo, mucho antes de encontrar los 6.000 francos en la cartera de su esposa, habría advertido que lo costoso de las *toilettes* de ésta superaban con gran exceso a los recursos legítimos del matrimonio.

Aunque un poco tarde, le asalta a Ricardo una sospecha de algo tan grave por lo menos como la confesión que acaba de hacerle su mujer. «Si tú has robado, ¿cómo se ha declarado autor del robo Fernando?.. Solamente un enamorado puede hacer tamaño sacrificio. Fernando es tu amante.»

Ante esta acusación se revuelve airada Marisa y hasta insulta a su esposo. Ha robado, es verdad, ha coqueteado con el hijo de Lagardes, y valiéndose de la pasión que ha inspirado al muchacho, ha conseguido que se declarase públicamente ladrón; pero en punto a fidelidad conyugal, ella es la virtud misma...

Hay que convenir en que tales argumentos no son muy convincentes. El marido, como es natural, no se satisface con ellos, y como, por otra parte, sabe que su amigo está atormentado por la supuesta falta de su hijo, dispónese a ir a revelarle, en aquel mismo momento, toda la verdad.

—Si sales de esta habitación, dice Marisa, me arrojé por la ventana.

Ricardo, convencido de que su esposa lo hará como lo dice, se detiene, y cae el telón dejando a los dos esposos esperando la mañana en presencia el uno del otro.

El acto último es inferior a los anteriores: el interés folletinesco, sostenido artificiosamente durante ellos, desaparece en el tercero. Lagardes está decidido a enviar a su hijo al Brasil para castigarle por su supuesto delito; pero cuando ya el muchacho todo lloroso se ha despedido de sus padres, Marisa no puede contenerse y se declara autora del robo.

Lógicamente pensando, este rasgo debiera aumentar las sospechas del marido; pero afortunadamente no sucede así. Ricardo, que por las señas tiene poco de Salomón, se convence no sé por qué de la fidelidad de su esposa, y el matrimonio se dispone a emigrar al Brasil, en donde es de desear que Marisa se corrija de sus mañas deplorables.

Tal es la comedia que (hace ahora furor en París.) Según un crítico francés, Bernstein no ha prescindido de ninguna de las viejas reglas para excitar el terror, la piedad y la sorpresa del espectador.

Toda la fuerza de *Le voleur* está, en efecto, en la sorpresa.

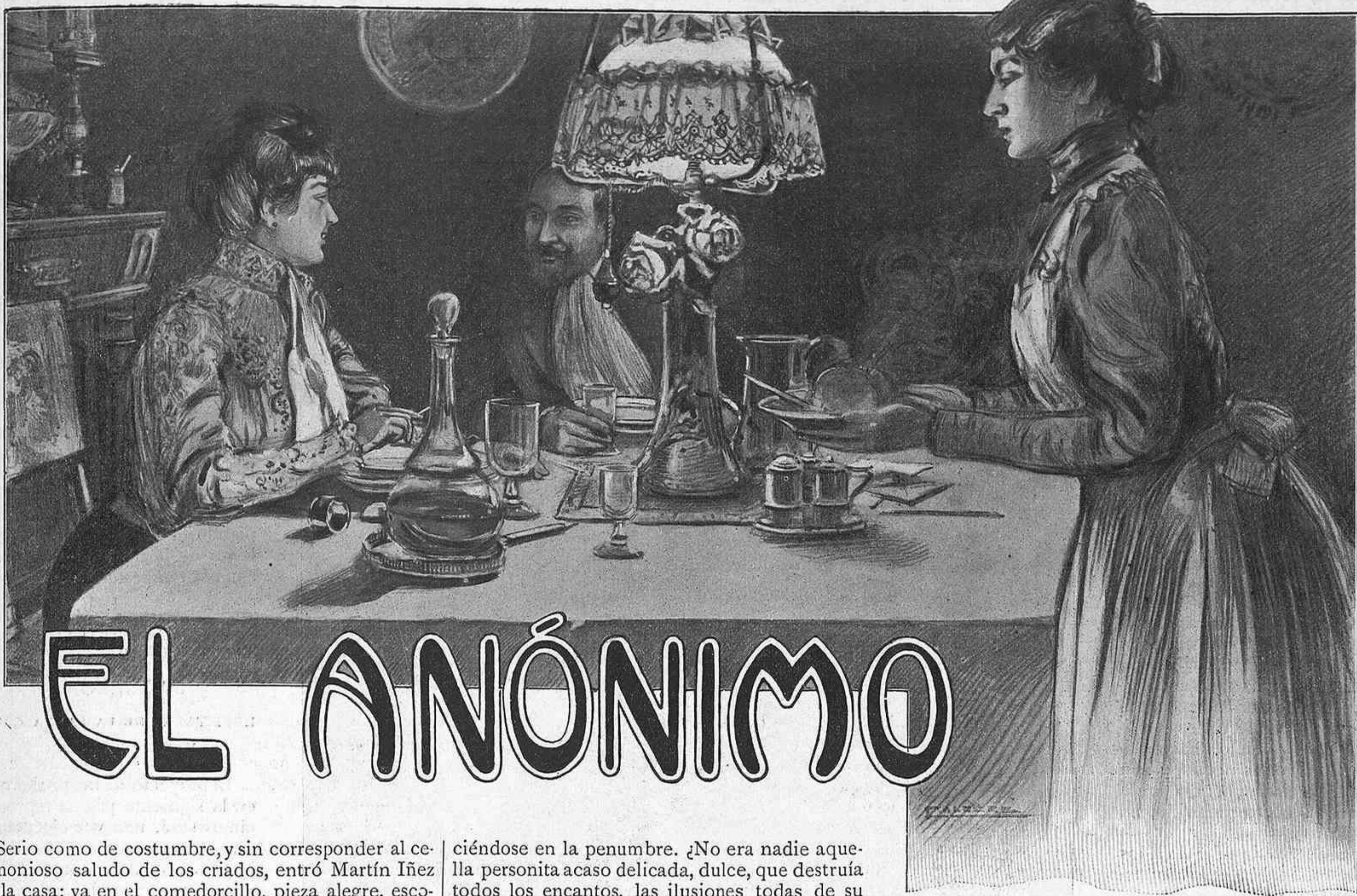
La obra ha sido traducida con esmero por los señores Catarineu y Bueno, y puesta en escena por la compañía del Español con lujo y propiedad en nada inferiores a los desplegados por la empresa de la Renaissance.

Ausentes ya de Madrid María Guerrero y Díaz de Mendoza, cerrado el teatro de la Princesa y terminada la campaña de los artistas españoles en la Comedia, el público distinguido acude ahora a aplaudir a la actriz italiana Tina di Lorenzo, artista de talento, elegante y de extraordinaria belleza. Su repertorio, en general, no es de una gran novedad; pero el ser representado en italiano le comunica para muchos espectadores cierto atractivo... el atractivo de lo que no se entiende ó se entiende a medias.

Además, a la escogida sociedad que suele llenar estas noches las localidades de preferencia del teatro de la Comedia, lo que menos le interesa es lo que pasa en el escenario... Los días de moda—y ahora lo son todos,—más que de moda debieran llamarse de *modas*, porque lo que en ellos se procura es ó lucir elegantes *toilettes* ó comentar las que lucen las actrices, las cuales, por su parte, suelen atender más que a sus papeles a sus trapos...

Nunca como ahora se ha podido decir con mayor verdad que con trapos se hacen los papeles.

ZEDA.



EL ANÓNIMO

Hablaban los esposos de cosas ligeras

Serío como de costumbre, y sin corresponder al ceremonioso saludo de los criados, entró Martín Iñez en la casa; ya en el comedorcillo, pieza alegre, escogida con gusto para la intimidad dulce, dejóse caer desmayadamente en una butaquilla, y con más pereza aún alargó el brazo hasta el botón del timbre. Presentóse luego Franciscona, muchachuela montañesa, de verdijudos cabellos, de rostro encendido por la color viva, de mirar pasmado. El señor frunció el ceño. Dijo:

—¿Cómo vienes tú?
—Elena está en la cocina. Mandó nuestra ama que no se moviese de allí.
—Y la señora..., ¿qué hace?
—Salió, encargando que si tardaba comiera usted. Estas últimas palabras oyólas Iñez con aire distraído. Moviendo las manos en el delantal aventuróse la rapaza a inquirir.
—¿Quiere..., manda el señor algo?
Apagadamente, y con marcado gesto de displancia, murmuró Martín:
—No..., espera; traeré el correo y di á Elena que no tengo prisa; comeré con la señora.

De allí á poco separaba Iñez los periódicos de las cartas, echaba los primeros en la silla próxima, y sin romper los sobres iba reflexionando. «De Pedrillo..., japuro!...» «Los señores Conti...» «Mi apoderado de Alicante...» «¿Córdoba?... ¿Córdoba?... No sé, después veremos.» Y dejando junto al cenicero esta misiva, siguió revolviendo papeles en igual actitud de abandono. De pronto, dando vueltas y más vueltas entre los dedos á un plieguecillo (que para incentivo de tentaciones llegaba perfumado), salió de su apatía poniéndose en pie. Los trazos acusaban el movimiento de mano fina, pero nerviosa. Pareciale reconocer la letra y no acertaba entre sus confusos recuerdos á fijar la tornadiza memoria. «De dama era, sí;» y para persuadirse, más bien que abrir, puede afirmarse que rasgó inconscientemente la sugestiva envoltura. De dama era, sí, el escrito; pero ¿qué nombre podía verse al pie? Imposible descifrar de pronto aquel garrapato confuso, en que los perfiles se confundían con la rubrica borrosa. Sobreexcitado el espíritu, despierta y avivada la curiosidad, Iñez comenzó á leer los desiguales renglones. Antes de terminar la página, buscó nuevamente en el dorso la firma; pero no por mucho aguzar el ingenio pudo hallar luz que le orientara. Adivinábase en cierta prolongación de curvas algo que pudieran ser letras del alfabeto con firme peso... ¿Emmi?... ¿Luinn?... En vano, ¡nadie! ¿Cómo nadie? Allí, en su mano convulsa estaba el pliego, saturado de esencia, henchido de frases que respiraban veneno. Y escapábasele como sombra sutil la idea del sér que lo había vertido; era como si lo viera desvaneciéndose en la penumbra. ¿No era nadie aquella personita acaso delicada, dulce, que destruía todos los encantos, las ilusiones todas de su existencia por modo tan triste y brutal?

Sentándose en el sillón donde solía presidir los convites como amo ceremonioso, cuando había invitados á la mesa, repasó la carta, y á la postre escapósele en alta voz:
—¿De quién?... ¿de dónde?

No cruzó por la mente de Iñez que pudiera tratarse de un anónimo asqueroso y necio como todo anónimo es. No, no; Martín creía ver la figura, sentada al bufetillo elegante, respirando tibio ambiente, quizás á la luz de una lámpara tunecina, y escribiendo aquel mensaje diabólico. «Mujer, mujer, sí...; ¿pero qué mujer podía odiar á la suya hasta el punto de calumniarla diciendo... ¿qué? ¡Nada!» Nada ciertamente con poner tanto en tres casillas cargadas de reticencias, de insinuaciones, que se clavaban como alfilerillos abrasados en la carne. ¿Precipitando la sangre desde el crebro al corazón. ¿Nada? Sí, nada concreto sin prueba; pero «¿y aquello de que en tal día salió bajo pretexto de ir con la de Jiménez para compras?» ¿Y lo otro de que «necesitaba velar á la sobrina?» ¿Y cuando fué «á pasar tres días en la quinta *Mi Teresa*, propiedad de los padres, acompañándole el suegro, quien la dejó al cabo de veinticuatro horas entre colonos y hortelanos?... No podían ser las citas más exactas y abrumadoras; pero ¿qué se lababan al fin y á la postre, si no era que pasó algún espacio de tiempo en completa libertad para hacer su antojo? «Bueno, sí; no obstante...»

—¡No obstante!, murmuró entre dientes.
Y ved ahí la loca de la casa disparándose y abriendo brecha al diablito de la duda: «¿Pudo?... ¿No pudo?... Noble espíritu, de alto señorío, de sentido recto, delicado y sutil, no cabían en aquella dama lacerias ni traiciones. Contra el asedio de pasioncillas ruines, tenía irreductibles guardas de orgullo; érase como reina que lleva sin pliegues ni arrugas el manto sobre los hombros.» Meditándolo así, afirmábase Iñez cada vez más en su honrada convicción.

De imprevisto dióse una palmada en la frente: acababa de despertársele un recuerdo confuso: ¿por qué le había encargado en cierta ocasión que comprara reloj y cadena de oro, como obsequio al prometido de la encantadora Mariana, hija de sus grandes amigos los de Vélez? Cierta que entonces le pareció lo más natural del mundo. Se trataba de una sorpresa, de cosa en que Marianilla, á punto casi de maridar, quería que no interviniese la oficiosidad paterna para que fuera personalísimo el regalo. «Las mujeres no entendían de tales comisiones.» Hízole gracia, pero no volvió á preocuparle el asunto. Y pensaba ahora...

—¡No! ¡No! ¡No!
Tradújose el apóstrofe en impulso nervioso, haciéndole pasear precipitadamente por la estancia en torno de la mesa, después de haber vuelto á tocar el timbre.

—¡Mande, señor!, exclamó Franciscona presentándose de nuevo.

—Que entre Elena.
No tardó la señorita de confianza, cocinera, ama de llaves, sirviente y amiga á la par, doncella de diez y ocho años, garrida, quien antes de que la interpe-lara el amo dijo entreabriendo discretamente el portier:

—Acaba de llegar la señora... Está cambiando de traje; me encarga que la dispense unos momentos... y le da gracias por no haber comido...

Interrumpió Iñez:
—Está bien, que ponga cubiertos la muchacha.

Y volvió á su paseo maquinal accionando las mudas y penosas ideas que le sostenían en tensión fuerte, hasta que entrando la damita y tendiendo la mano, exclamó con las más dulces inflexiones de ternura:

—¡Hola, niño!, ¿qué tal? ¿Se come?

Mujer graciosa era quien hablaba así; ¿mujer?; hada, ángel arcángel, serafín del paraíso; alta, esbelta, graciosísima dama, rubia y fina como el oro; llevaba la cabeza desnuda, peinados los cabellos en rodete y luciendo un medio arillo. María Antonia Gúndez, frisando con los treinta y tres, tenía todos los encantos de la juventud. Habíase casado con Martín Iñez á los veintidós, enamorada desde los dieciocho. Con el tiempo transcurrido quería entrañablemente á su esposo; tenía la doble estimación de hembra y de señora.

Pero, por desgracia, érase el hombre (rico por su casa) chapado á la antigua, de los que persisten en sus calaveradas, aun casándose y abusando del patrimonio. María Antonia y sus pesadumbres de quien no está hecho á ser dominado por la autoridad paterna, y por añadidura celos tristes. De nada servían advertencias cariñosas. Acostumbrado Iñez á satisfacer toda suerte de antojo y convencido de la fidelidad de su amatísima mujer, llevaba existencia de hembra y de señora.

da la noble Gúndez de penar por torpezas imperdonables, en íntimo coloquio con su conciencia honrada decidió salir de aquel infierno antes de verse en la edad madura. Desplegó entonces todas las artes de la mujer enamorada, sin que este juego le diese resultado alguno.

No ha de ser la novia quien le conquiste con zalamerías y coquetismos, no; la esposa sí.

Y preparó con ingenio la trama, al cabo inocente, que tenía ahora fuera de sí y angustiado al marido, y con espíritu valeroso, serenamente, afrontó las consecuencias de su temeridad.

—¿Se come?, repitió María Antonia viendo que Martín continuaba mudo, de pie, aferrada la diestra en el respaldo de la silla; sentóse sonriente, y amorosa, con dulzura, agregó:

—¿Pero qué te pasa? Dilo, hombre; ¿quién como la mujercita para sentir tus pesadumbres y aliviarlas si tienen consuelo?

Hombre de mundo, cortésano fino hasta en sus momentos de intemperancia, Iñez provocó la inevitable escena resueltamente y del único modo que á las condiciones de su carácter y de su educación correspondía.

—Ríete de mí, pues bien lo merezco, exclamó acomodándose en su sitio. Ríete cuanto quieras. Aquí me tienes sentimental y ridículo, haciendo caso de historias necias, y aun con despreciarlas, herido por la duda que, como gusanillo, mi entraña roe.

María Antonia dibujó en los labios un mohín gracioso; levantando los hombros y sosteniendo la cabeza majestuosamente erguida, repuso:

—También á mí me ha roído el corazón y he sufrido años enteros (pasando terribles noches de insomnio), lo que acaso á ti no te atormenta sino leves minutos.

La frase brutal «¡mentira!» escapóse, bien á su despecho, de los labios de Martín; luego, disgustado consigo mismo, arrojó la carta sobre la mesa profiriendo:

—¡Lee, pues!

En aquel instante se presentó Elena á servir la sopa. Martín fingió estar distraído, dibujando con el mango del cuchillo rayas en el mantel. María Antonia mandó con soberana voluntad:

—Retírese.

Y doblando lentamente el escrito lo devolvió á Iñez.

—Yo que tú lo guardarías como documento curioso que es.

—¿Eso respondes? ¿No mereciste mi martirio más que la burla?

—Pero ¿de veras, de veras te ha hecho sufrir ese anónimo?, preguntó la dama mientras llenaba los platos.

Respirando sinceridad y tristeza en la frase, contestó Martín:

—Di más bien si sufro: no hay dolor como éste, que es de furia y fuego en la sangre, de clavo en el cerebro, de espina en el alma, en lo más íntimo. Y sin embargo, María Antonia, tú eres buena, honrada, excelsa mujer. Lo siento así, cual lo digo, y mira, sufro el tormento de un demonio. Yo no quiero ofenderte, pero... ¡sería horrible!

Y clavó los codos con movimiento irritado, abatiendo entre sus manos la cabeza.

María Antonia se levantó resplandeciente de júbilo, y acercándose, rodeó el cuello de Iñez con sus brazos.

—Si tu dolor es tan duro, dijo, prueba que me

—¿Que te perdone?, saltó Martín levantando la cara.

Y absorto contempló al lado del billete anónimo otro igual con la firma de María Antonia. Cotejado, veíase á las claras que los dos procedían del mismo puño; la letra del que llevó el correo pareciera la misma sin el intento de desfigurarla y sin el velo corrido por la exaltada pasión á los ojos.

—¿Que te perdone?, repitió Martín; ¡pobrecilla! Comprendo que he amargado tu existencia. En la medida de mi pesadumbre pongo la inmensidad de tus torturas; pero te juro que no dejé de amarte un segundo... ¡á ti sola!

—Te he conquistado; ¡ahora sí que eres mío!

—Tuyo... para siempre.

Cuando traspuso el umbral la criada con otros manjares, hablaban los esposos afectuosa y cumplidamente de cosas ligeras, como de costumbre. Limpiando el ambiente casero, habíase deshecho en un vaso de agua la tempestad.

J. F. LUJÁN.

(Dibujo de Calderé.)

BARCELONA

HOSPITALES DE LA SANTA CRUZ Y DE SAN PABLO

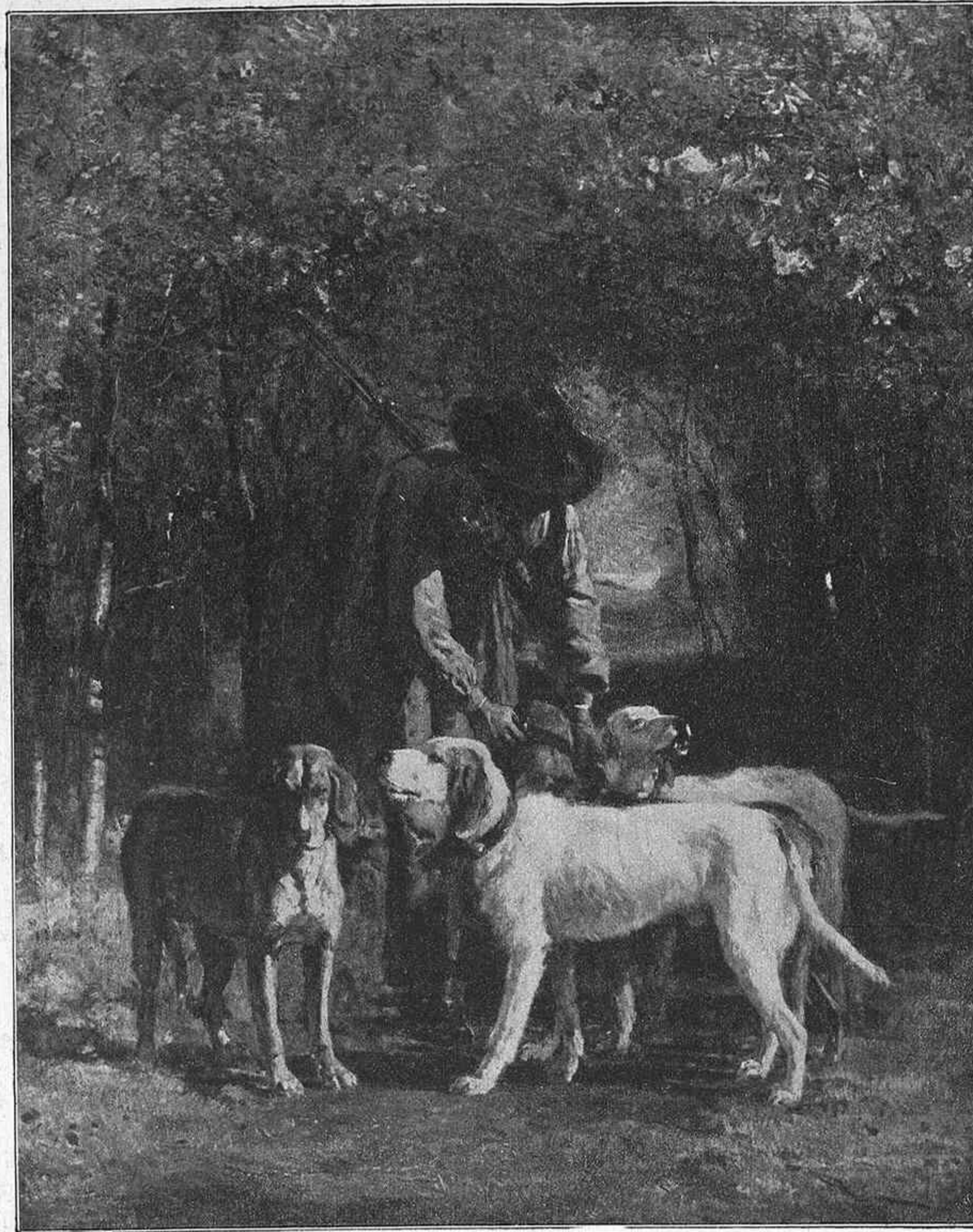
El proyecto de hospitales que en la siguiente página reproducimos será, una vez ejecutado, una obra grandiosa, digna de la importancia de nuestra capital y perfectamente adecuada al objeto á que se la destina. Actualmente se halla en vías de construcción la parte denominada hospital de San Pablo, que se levanta á expensas del cuantioso legado hecho por D. Pablo Gil y á la que se trasladarán los enfermos del actual Hospital de la Santa Cruz; el resto se construirá á medida que éste vaya realizando cantidades para ello con la venta de sus antiguos edificios.

La cabida máxima de los dos hospitales será de 1.000 enfermos. Las enfermerías y sus servicios generales estarán distribuidos en 48 grandes pabellones independientes y unidos entre sí por galerías subterráneas que pasarán por debajo de los jardines y paseos, recibiendo luz y ventilación por su parte alta. Los edificios estarán separados, sobre el plan terreno, por dos grandes vías diagonales en cruz, de 50 metros de ancho mínimo cada una.

Los pabellones estarán distribuidos en cuatro grupos para hombres, mujeres, enfermedades infecciosas y no infecciosas; además, habrá 12 destinados á servicios generales y administrativos.

No tenemos espacio para otros pormenores; pero la vista del proyecto supe á cuanto pudiéramos decir así de las condiciones de la importancia y per-

fección de la obra del notable arquitecto Sr. Doménech y Montaner, obra que honra á su autor y á la ciudad en donde ha de realizarse.—S.

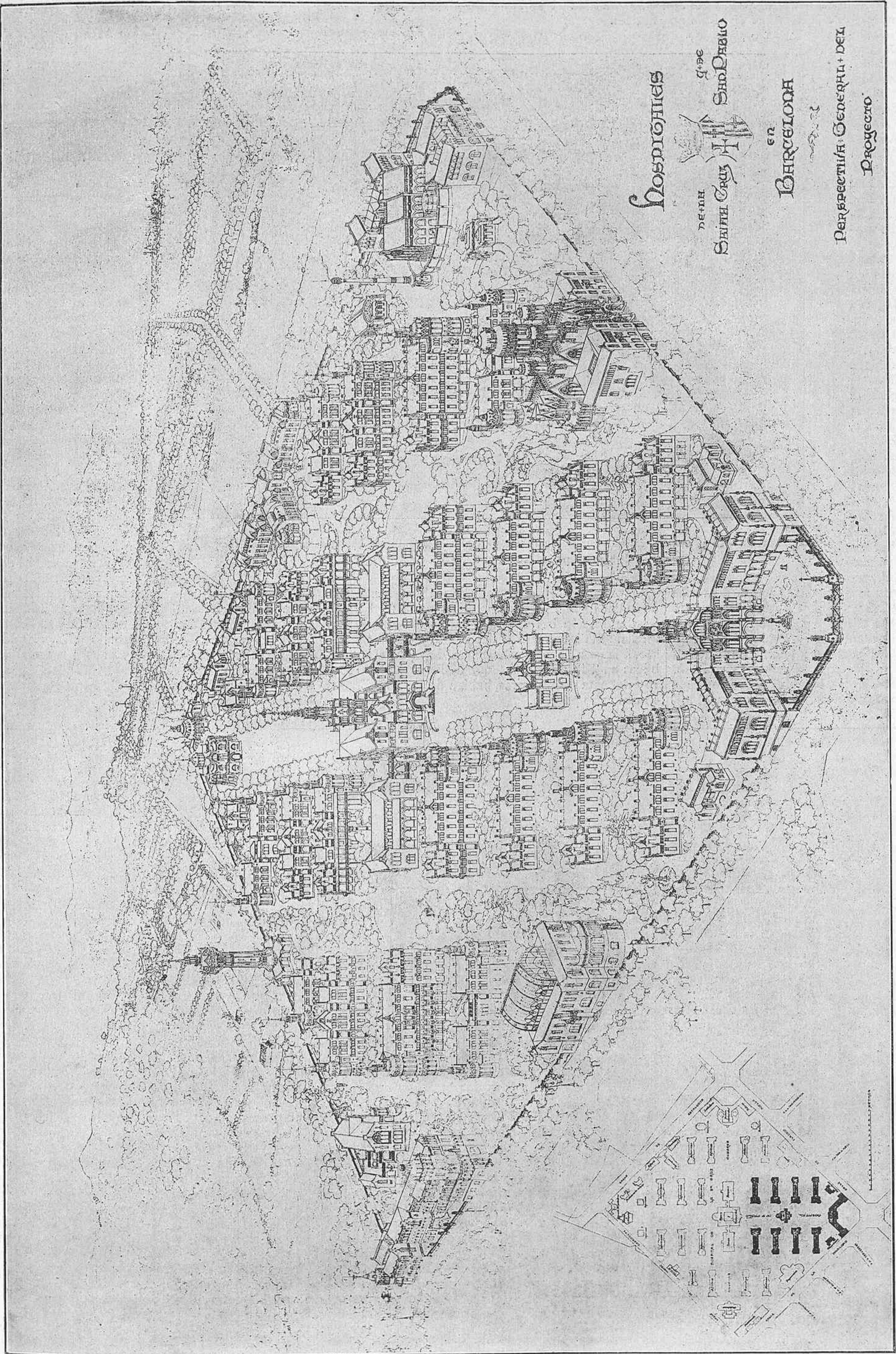


La trailla, cuadro de Constante Troyón



Comida en el bosque, cuadro de Luis Dettmann

amas. Este instante feliz me recompensa de los requemores que he sentido... por adorarte. ¡Perdóname!



BARCELONA.—Perspectiva general del proyecto de los hospitales de la Santa Cruz y de San Pablo en construcción. Obra de D. Luis Doménech y Montaner

Los terrenos en que se construyen estos hospitales están situados á 2.200 metros al Norte del casco antiguo de la ciudad, en el centro de un gran espacio hoy libre de edificaciones enclavado entre los populosos suburbios de Horta, San Andrés de Palomar, San Martín de Provensals y Gracia. La altura mínima del solar sobre el nivel del mar es de 49'50 metros y la máxima de 84'05. La planta de los hospitales reunidos es de forma rectangular y todos sus lados tienen casi las mismas dimensiones de unos 400 metros de longitud. Los terrenos utilizables pertenecientes al Hospital de San Pablo tienen una extensión aproximada de 36.000 metros cuadrados, y los del Hospital de la Santa Cruz, con los campos de reserva y descontando el terreno cedido para calles, 88.000. Para que el solar tenga la forma del plano falta adquirir unos 500.000 palmos; en esta forma reunirán los dos hospitales una extensión total de 145.700 metros.

DE MARRUECOS

Las tropas francesas siguen ocupando Uxda y están resueltas á no moverse de allí mientras el sultán no acceda á las reclamaciones formuladas por el gobierno de la República. Estas reclamaciones son, según declaró el ministro de Negocios Extranjeros, M. Pichón, en la Cámara de los Diputados: castigo de los asesinos del doctor Mauchamp, destitución y castigo del gobernador de Marrakesch; indemnización pecuniaria á la familia del expresado doctor; garantía de la seguridad de los súbditos franceses residentes en Marruecos; cumplimiento por parte del Maghzen de los compromisos contraídos por virtud de los convenios especiales con Francia y del acta de Algeciras, y adopción de las medidas necesarias para evitar desórdenes, robos y agresiones en el territorio imperial.

Ya dimos oportuna noticia de la carta del sultán leída en las mezquitas de Fez, ofreciendo dar satisfacción cumplida á Francia, así como de la nota del ministro de Negocios Extranjeros marroquí, redactada en términos más ambiguos y más dilatorios de lo que la gravedad y urgencia del caso requerían.

Según los últimos telegramas, el Maghzen ha enviado ya á su representante en Tánger la contestación oficial á las reclamaciones del gobierno de la República francesa; es un documento extenso y confuso, en el cual se entrevé, sin embargo, el deseo de llegar á una conciliación. Los delegados jerifianos y el mi-

nistro M. Regnault, representante de Francia, han conferenciado acerca de dicha contestación, que ha sido remitida al ministro de Negocios Extranjeros francés.

Sobre esto han conferenciado el embajador de Francia en Berlín M. Cambón y el canciller del Imperio Sr. Bulow, y es de esperar que se llegará á una solución satisfactoria, tanto más cuanto que el asunto no interesa sólo á Francia, sino también á todas las potencias que concurrieron á la conferencia de Algeciras.—R.



MARRUECOS. — El gobernador francés, coronel REIBELL, recorriendo las calles de Uxda, acompañado de su ayudante y de algunos periodistas. (De fotografía de Rittwagen.)

Otro incidente se ha producido últimamente, que pudo dar lugar á graves complicaciones; tal ha sido la adjudicación hecha por el sultán directamente, y mediante la intervención del cónsul alemán Sr. Rosen, á la casa alemana Reuschen, de varias obras públicas en Tánger que, á tenor de los artículos 106 y 107 del acta de Algeciras, habían de ser adjudicadas en concurso público.

participación que las colonias han de tener en los gastos de su defensa; la inmigración de las razas asiáticas, y las tarifas preferentes entre la metrópoli y las colonias.

De los varios festejos organizados en honor de los delegados coloniales merece mención especial la recepción solemne efectuada en el Guildhall y presidida por el Lord Mayor de Londres, que reproduce la lámina de la siguiente página.—T.

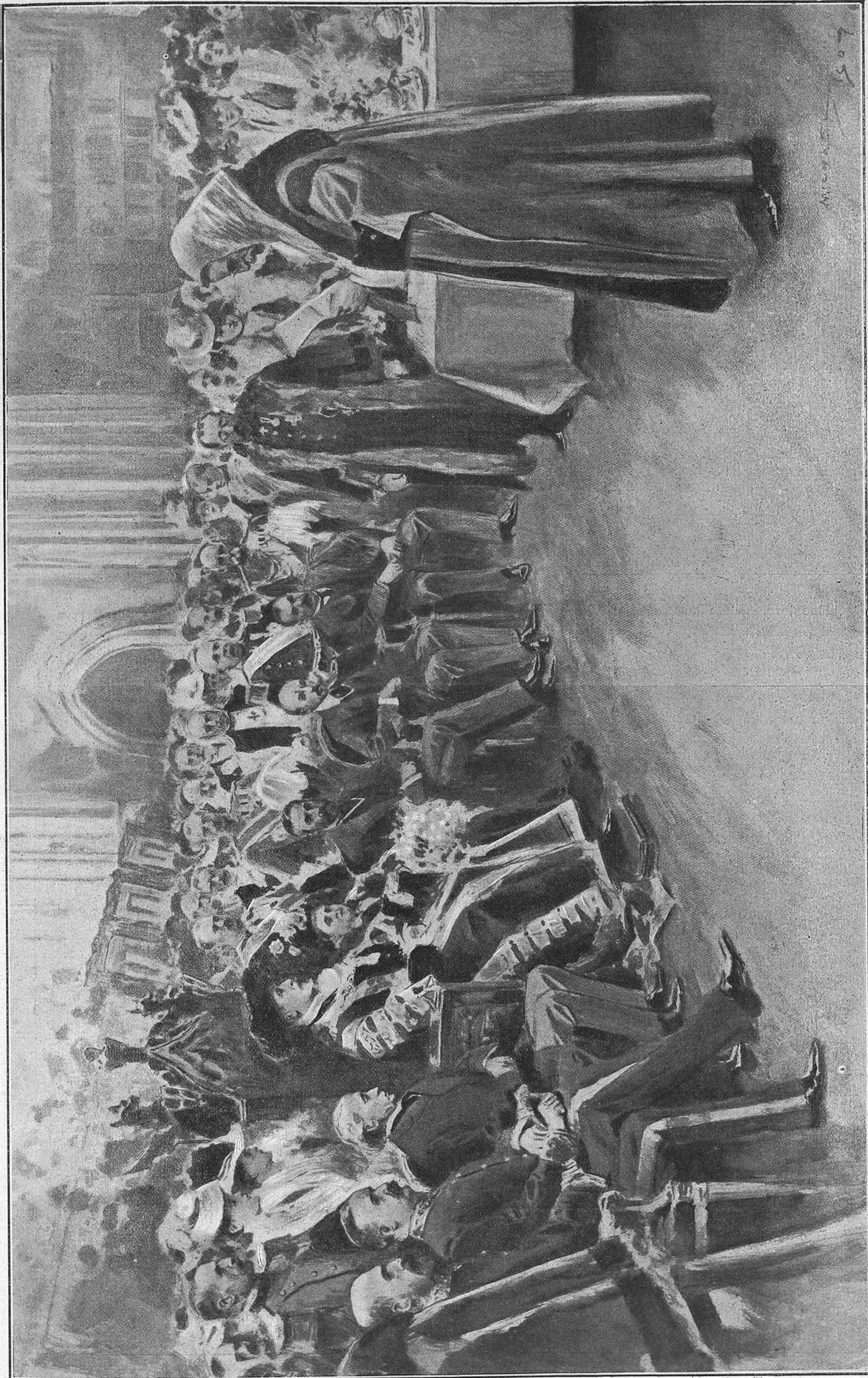
LA CONFERENCIA COLONIAL BRITÁNICA

El día 15 de los corrientes se ha inaugurado en Londres esa conferencia, en la que se han de discutir y resolver asuntos de gran importancia para las colonias inglesas. Aunque ha sido el gobierno quien ha hecho las invitaciones, la iniciativa ha partido de Mr. Chamberlain. A la conferencia asisten los presidentes de los gobiernos coloniales: sir Wilfrido Laurier, del Canadá; sir Roberto Vond, de Terranova; Alfredo Deakin, de las colonias unidas de Australia; sir José Ward, de Nueva Zelandia; el Dr. Jamesson, de la colonia del Cabo, y Luis Botha, del Transvaal.

La principales cuestiones que se tratan en la conferencia son: la parti-



MARRUECOS. — VISTA DE LA ALCAICERÍA DE UXDA. (De fotografía de Rittwagen.)



LONDRES.—LA CONFERENCIA COLONIAL.—RECEPCIÓN DE LOS DELEGADOS COLONIALES POR EL LORD MAYOR EN EL GUILDHALL. (Dibujo de A. Michael.)

El día 15 de los corrientes efectuóse esta fiesta, que resultó brillante y solemne. Los seis presidentes de los gobiernos coloniales fueron recibidos en la biblioteca de Guildhall por el Lord Mayor de Londres, y el archivero sir Forrest Fulton les dirigió un afectuoso discurso dándoles la bienvenida. Después que los presidentes hubieron saludado á la primera autoridad de la City, el *chamberlain* sir José Dimsdale les invitó á que firmaran la antigua declaración de lealtad, y cumplida esta ceremonia, les fué otorgado el derecho de ciudadanía.



Encajera, escultura de Godofredo de Vreese



Busto retrato, obra de Carlos van der Stappen



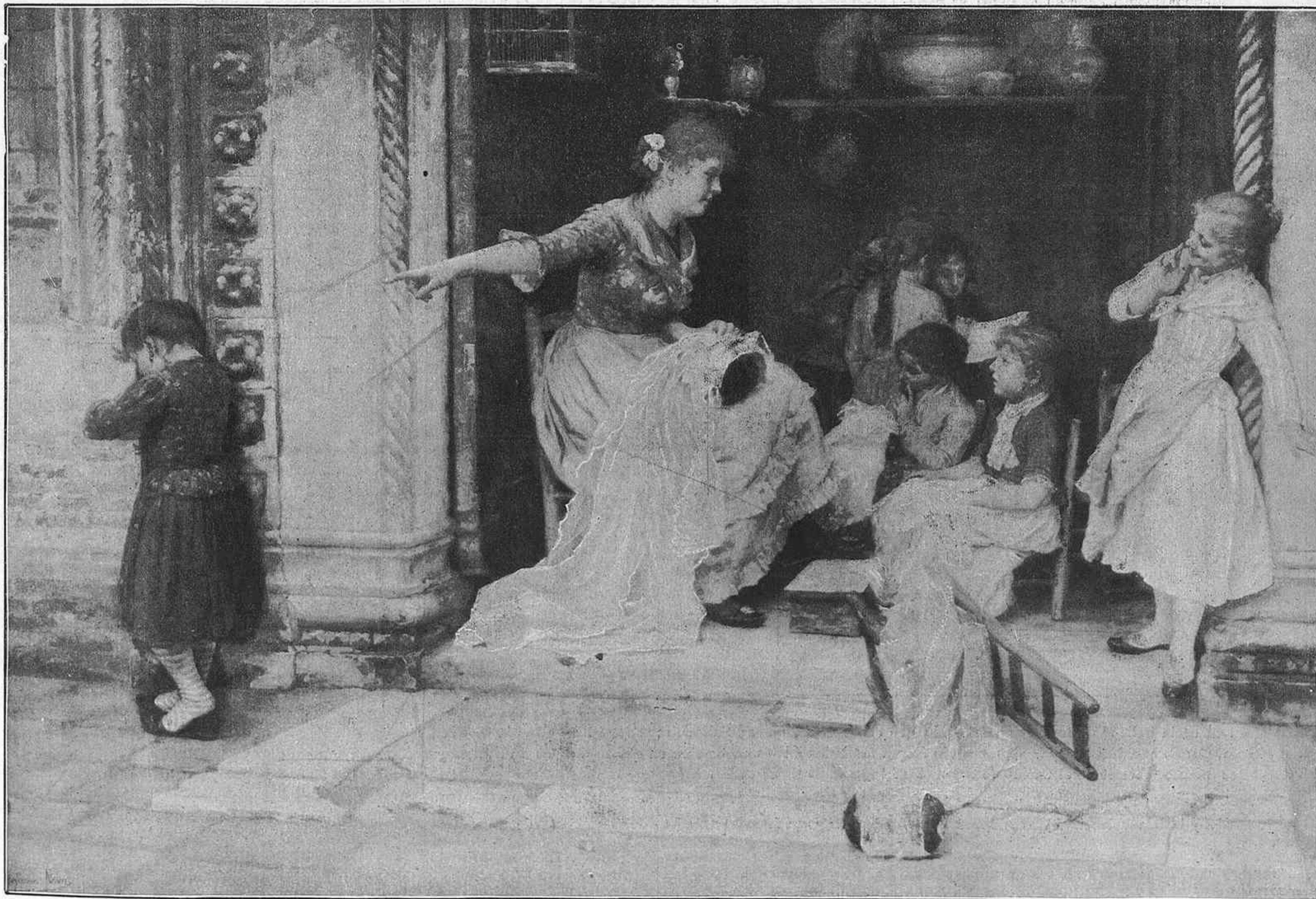
En el café, cuadro de H. J. E. Evenepoel. (Exposición de los secesionistas munienses, 1906.)



Retrato pintado por Alberto de Keller
(Exposición de arte alemán del siglo XIX. Berlín, 1906.)



Retrato del P. Willibrod,
pintado por J. Engelhart.
(Exposición de los secesionistas de Viena, 1906.)



Castigada, cuadro de S. Novo. (Reproducción autorizada por la «Unión Deutsche Verlagsgesellschaft.»)

NUESTROS GRABADOS

TRES NOTABILIDADES ARTÍSTICAS EN BARCELONA

En pocos días habrá podido admirar el público de Barcelona á tres artistas verdaderamente notables en sus respectivos géneros: el tenor José Palet, el pianista Raúl Pugnó y el violinista Juan Kubelik.

Barcelona, y las ovaciones conseguidas en la interpretación de Radamés, de la ópera *Aida*, han demostrado que nuestro público no estima exagerados los elogios de que venía precedido y que se ha convertido en hermosa realidad lo que desde un principio fué halagüeña esperanza. Palet nada ha perdido de su voz de timbre bellísimo, y en cambio ha ganado no poco en expresión y en dominio de la escena. Sea bienvenido y reciba nuestro más sincero aplauso. Raúl Pugnó, el notable pianista francés, era ya también co-

BARCELONA

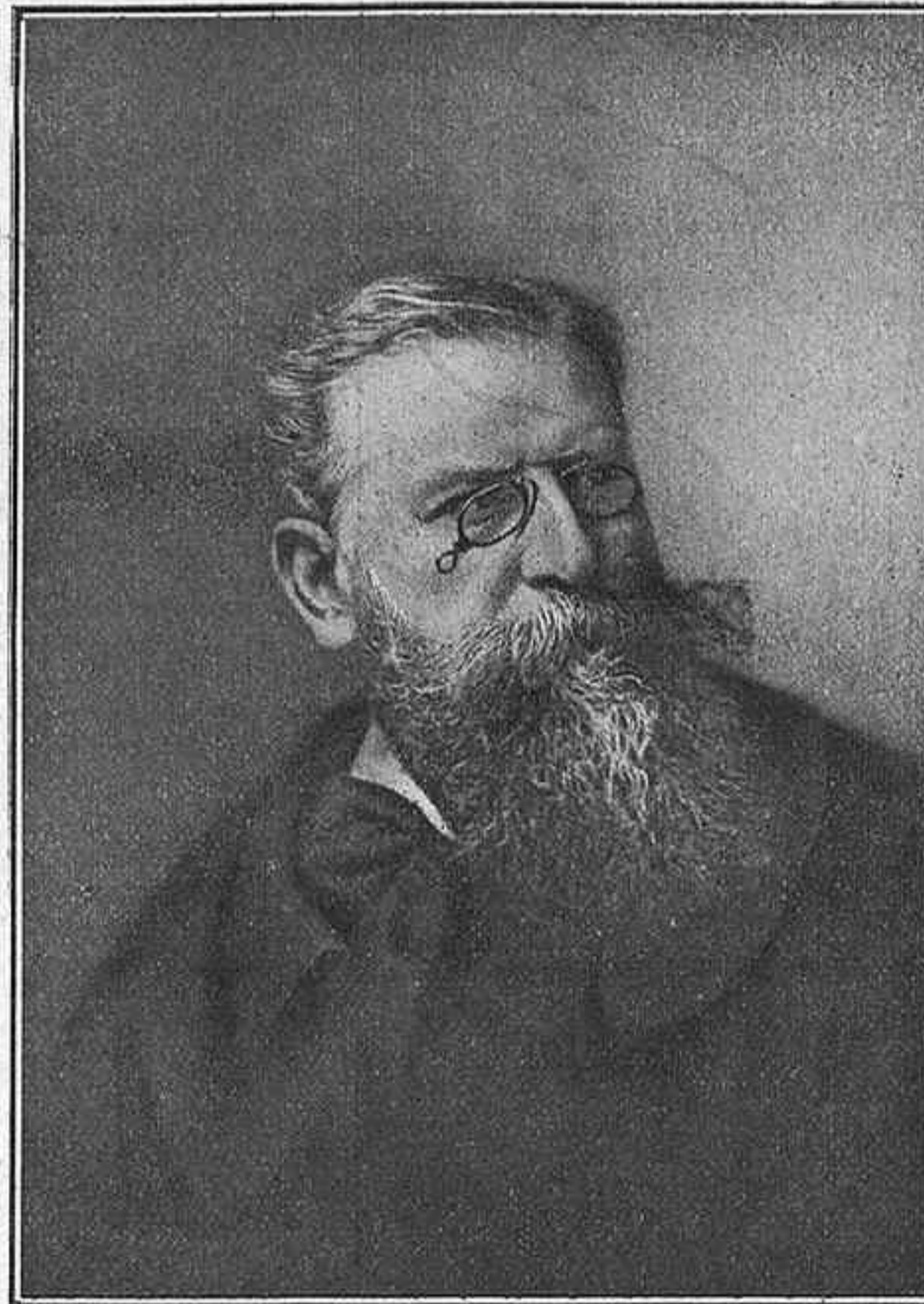
ATENTADO CONTRA ALGUNOS CANDIDATOS SOLIDARIOS

El hecho ha sido explicado en todos sus pormenores por la prensa diaria y comentado con los más duros calificativos por todas las personas honradas y cultas. Cuando los candidatos á la diputación á Cortes por Barcelona Sres. Salmerón y Cambó, acompañados por algunos amigos, se dirigían, en la noche

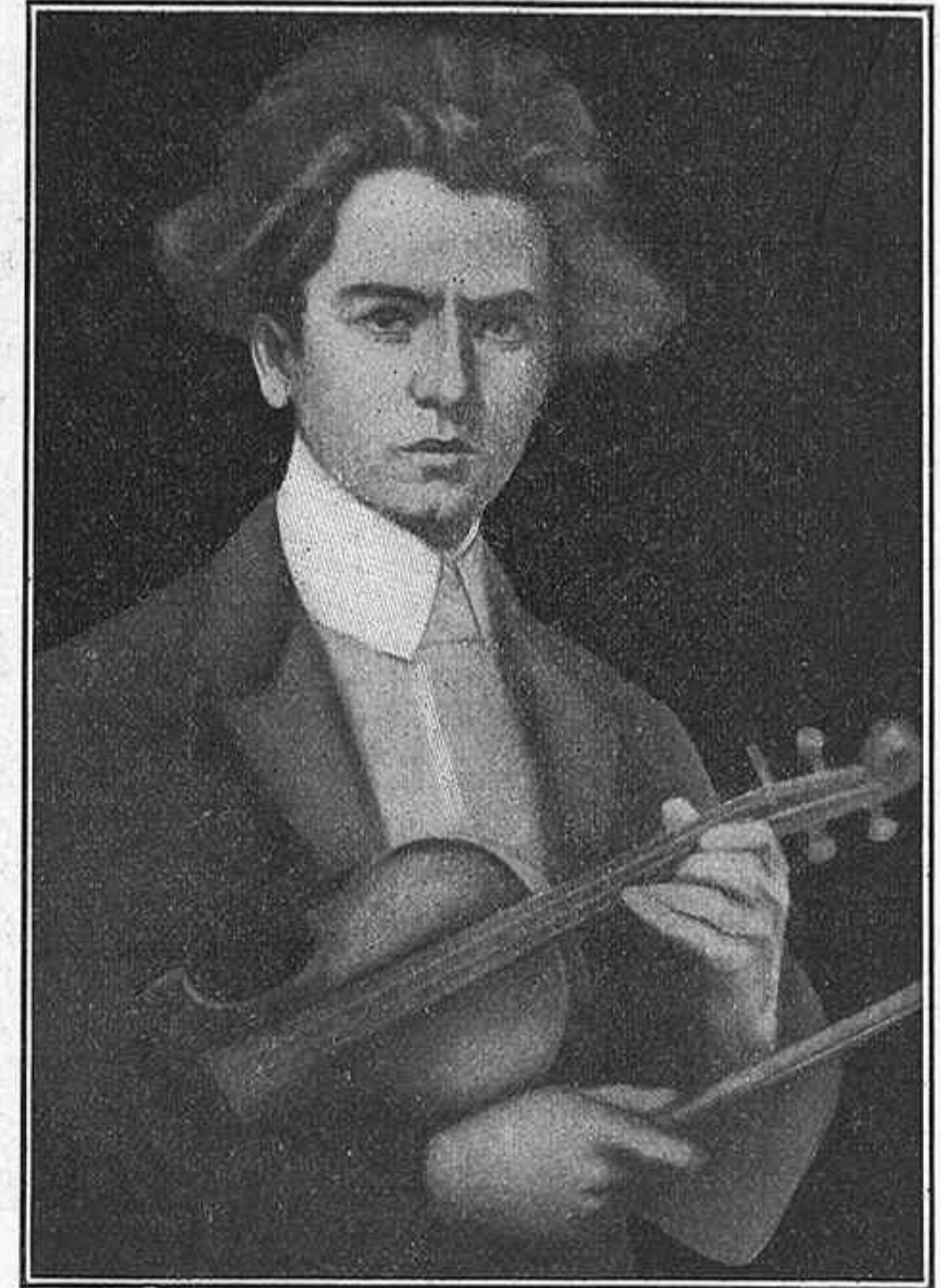
TRES NOTABILIDADES ARTÍSTICAS EN BARCELONA



El tenor JOSÉ PALET, que canta en el teatro de Novedades



El pianista RAÚL PUGNÓ, que ha dado dos conciertos en el teatro Principal



El violinista JUAN KUBELIK, que ha de dar tres conciertos en el teatro de Novedades

Y no hacemos mención de María Gay, la genial intérprete de *Carmen*, porque de ella nos ocupamos en el número anterior, y únicamente haremos constar que el triunfo que ha obtenido cantando la ópera de Bizet ha sido grande, indiscutible, confirmando el público y la crítica de Barcelona, en un todo, el juicio que acerca de la creación de la eminente artista han emitido la crítica y el público de las más importantes capitales extranjeras.

Cuando en el año 1900 debutó Palet en el Liceo, su profesor el Sr. Goula nos honró con una carta que publicamos en el número 985 y en la que el eminente maestro decía entre otras cosas: «Del futuro artista, ¿podemos decir algo? Creo que no. Conténtese usted, pues, con abrir la primera página de su historia artística, página que necesariamente debe hoy quedar en blanco, so pena de charlatanismo, pero que no dudo que el

nocido de nuestro público que en los dos conciertos de ahora ha tenido nueva ocasión de admirar y aplaudir su ejecución maravillosa y sobre todo su portentosa manera de interpretar las obras de los más grandes maestros, como Beethoven, Bach, Chopin, Haendel, Scarlatti, Weber, Grieg, Liszt, Mendelssohn, d'Indy y otros compositores antiguos y modernos. Como compositor, raya también á gran altura. Pugnó huye de todo efectismo, y sin dejar de poner algo de su sentimiento personal en las piezas que ejecuta, sabe asimilarse el del autor y comunicarlo íntegro á sus oyentes.

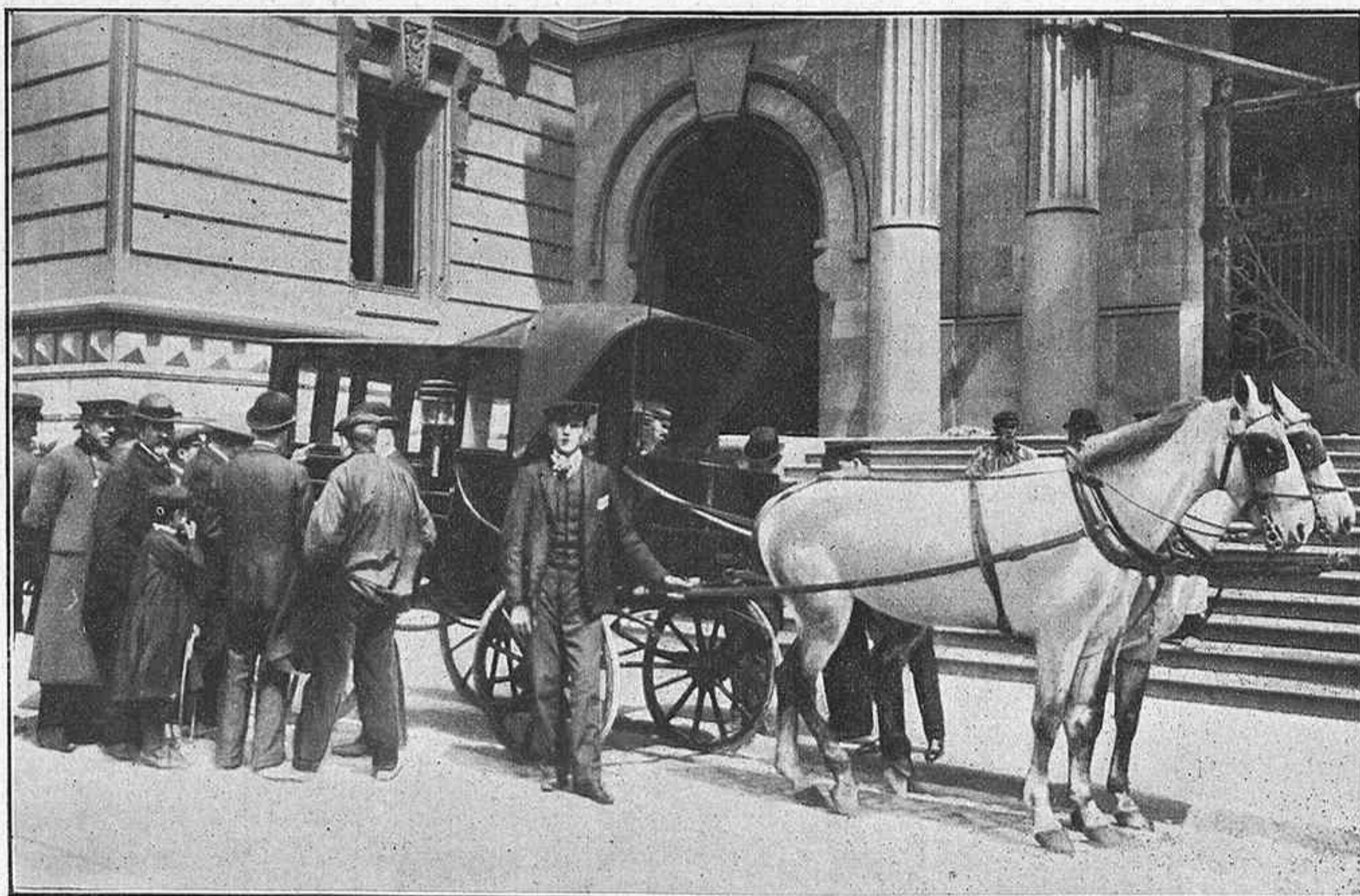
Los dos conciertos han sido para él dos nuevos triunfos y cada una de las composiciones que componían los programas le ha valido una ovación entusiasta.

Juan Kubelik sólo es conocido entre nosotros por su fama universal que le proclama uno de los primeros violinistas mo-

del 18 del actual, al casino de Sans, en donde había de celebrarse un *meeting* de propaganda, el coche que los conducía fué asaltado á tiros por un grupo de hombres, que, emboscados en sitio poco habitado y aprovechando la obscuridad, hicieron numerosos disparos. Milagrosamente resultaron ilesos el señor Salmerón y sus acompañantes, á excepción del Sr. Cambó, á quien uno de los proyectiles hirió tan gravemente, que al pronto se temió por su vida. Por fortuna los tristes presagios de los primeros momentos no se han confirmado, y aunque el estado del Sr. Cambó sigue siendo grave, es de esperar que se irá acentuando la ligera mejoría iniciada.

Las circunstancias en que se realizó el atentado demuestran que éste es consecuencia de un complot tramado á sangre fría y consumado en condiciones tales que parece imposible que escapase con vida ninguno de los que iban en el carruaje.

Como antes decimos, la protesta contra el acto salvaje ha sido general; de desear es que no quede impune el abominable delito y que el proceso instruído por el juzgado conduzca al esclarecimiento de los hechos.



BARCELONA. — Diligencia judicial de inspección del coche que conducía á los Sres. Salmerón, padre é hijo, Cambó, de Buen Roca y Roca, Corominas, Nubiola y Rodón, cuando fueron asaltados á tiros en ocasión en que se dirigían á un *meeting* electoral que debía celebrarse en el Casino de Sans. (De fotografía de E. Castellá.)

buen deseo de Palet y la benevolencia de los públicos llenará rápidamente.»

No aquella primera, sino muchas páginas más se han llenado desde entonces, y en todas ellas aparece cada vez más admirada la personalidad artística del joven tenor, que en los principales coliseos de Europa y de América ha logrado una serie no interrumpida de triunfos.

Hoy, después de siete años de ausencia, ha vuelto Palet á

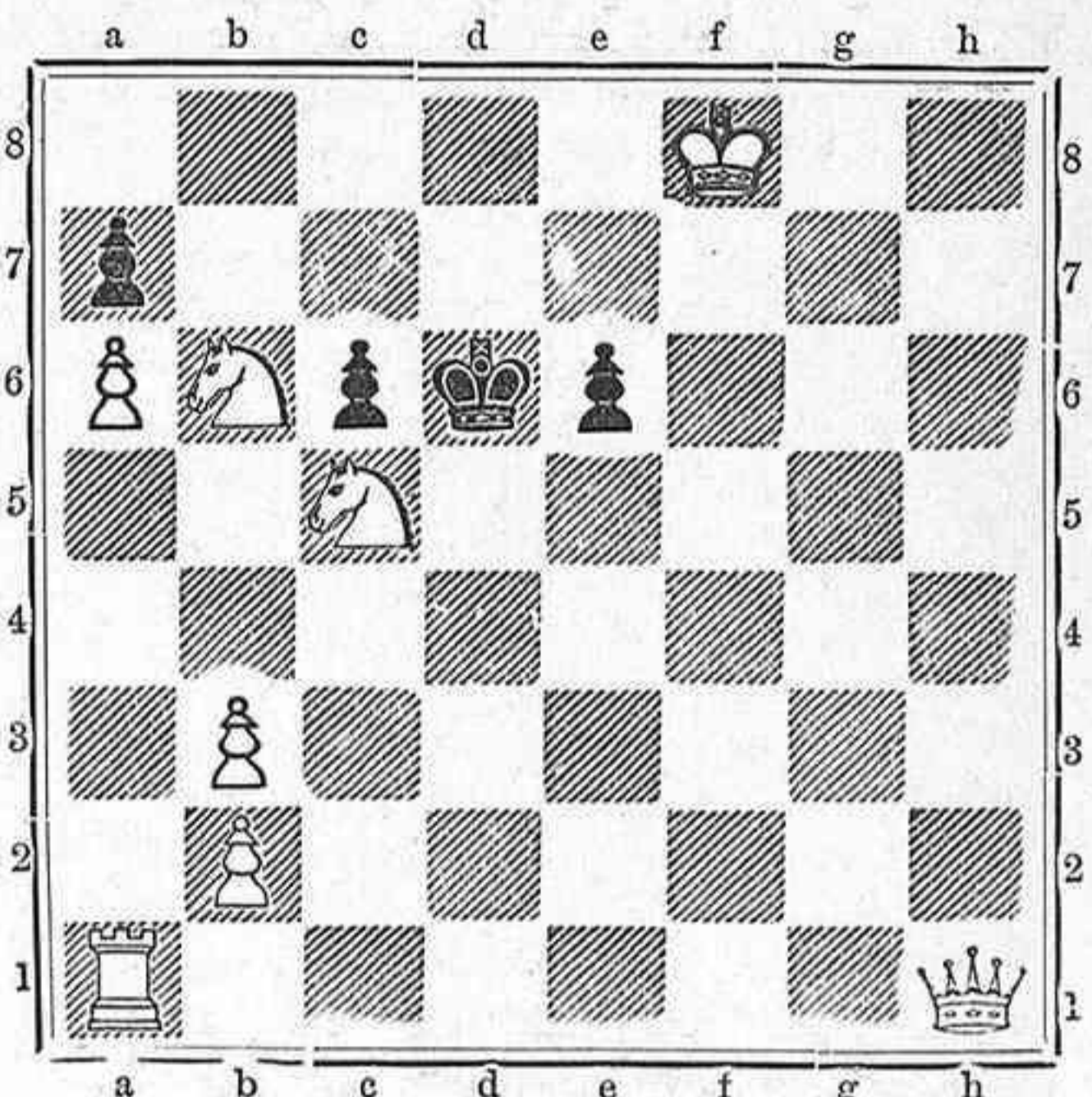
denos; y esa fama no se la han dado públicos de escasa importancia, sino que la ha conquistado en los grandes centros en donde se rinde entusiasta culto al arte. Kubelik es joven, según puede verse en su retrato, y sin embargo su celebridad data de muchos años.

Dentro de unos días, los filarmónicos barceloneses confirmarán sin duda con sus aplausos el fallo unánime que en todas partes ha merecido el genial artista.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 460, POR V. MARÍN.

NEGRAS (4 PIEZAS)



BLANCAS (8 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 459, POR V. MARÍN.

- Blancas. Negras.
- 1. Cd3-e5 1. Cualquiera.
- 2. D ó C mate.

BOUQUET FARNESE VIOLET 29, Rue des Italiens.

AURETTE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)



Tocaba con algo de tristeza.

Cogió su pañuelo, secóse rápidamente el rostro encendido y se aproximó a la puerta-ventana.

—Toca usted muy bien, díjole la Sra. de Bertholón; ha hecho usted grandes progresos desde el invierno último. Tiene usted talento para la música.

Julia, en la sombra, pasó un brazo alrededor de la cintura de su hermana y la besó ardientemente en la mejilla, mientras en voz baja murmuraba á su oído:

—¡Qué simple es tu suegra! Y tú eres un ángel.

El Sr. Leniel tendió la mano á su primogénita.

—¡Buena falta me hará!, dijo. Me he acostumbrado á escucharla y me parece que me habla cuando toca así.

Los ojos de Aurette buscaban los de Raúl y los encontraron. Estaba guapísima en aquella semiobscuridad y su novio se sentía cada vez más verdaderamente enamorado. Al pasar junto á él Raúl alargó el brazo y cogió la mano que la joven dejaba colgar entre los pliegues de su falda. La señora de Bertholón se levantaba para marcharse. Raúl sintióse de pronto enajenado y en voz baja dijo:

—Mi adorada prometida, te amo.

Aquel grito del corazón no era quizás muy elocuente; á Aurette, no obstante, le llegó hasta lo más hondo del alma. Miró á Raúl con una intensidad de amor ingenuo que le trastornó, y él, levantándose también, inclinóse sobre la mano que aún tenía cogida é imprimió en ella un largo beso.

Aurette permaneció silenciosa. ¡Su sueño, pues, se realizaba! ¿Duraría siempre? ¿Podría ella resistir tanta alegría sin perder el juicio? De repente tuvo la visión de sus desposorios: en el fondo de la catedral de Angers, caminaba al lado de Raúl hacia el altar coronado de flores y luces; Raúl pondría en su dedo el anillo nupcial... ¡Ah, cómo sería para él la esposa fiel y segura hasta la tumba!

Raúl dejó caer aquella mano leal que no había contestado á su presión, ¡tan turbada se sentía Aurette!, y de pronto volvióse hacia su madre, que fingía no haber visto nada. La despedida fué lo que debe ser entre personas que se ven á menudo, y á poco el ruido del coche sobre la arena fué perdiéndose en el ambiente tranquilo y fresco de aquella apacible noche de junio.

Cuando se hubo cerrado la verja del parque, la señora de Bertholón, dirigiéndose á su hijo, díjole en inglés, á fin de que el cochero no la entendiese:

—No conviene que te adventures demasiado con Aurette; has hecho mal en besarle la mano hace un momento.

Raúl, en extremo disgustado, agitóse nerviosamente y acabó por decir en francés:

—¡Pero, mamá, eso no tiene sentido común! ¿Acaso no hemos de casarnos dentro de tres meses?

—Sé muy bien lo que digo, repuso la madre siem-

pre en inglés. Cualquier boda puede deshacerse mientras no se haya celebrado, y no me gustan las complicaciones.

Raúl se recostó en su rincón sin replicar palabra, acompañó á su madre hasta su casa, y en vez de recogerse, fué á reunirse con algunos amigos en un café de moda.

II

—Padre mio, dijo Carlos apoyando ligeramente la mano en el hombro del Sr. Leniel.

Las jóvenes se habían retirado después de besar al jefe de la familia, que arrellanado en una butaca, junto á la puerta del salón, disfrutaba tranquilamente de la magnificencia de la noche.

Al contacto de la mano de su hijo, volvió un poco la cabeza.

—Creí que habías salido, Carlos, dijo con imperceptible acento de sorpresa.

—He dado una vuelta por el parque. Padre mio, quisiera hablar con usted.

—¿Esta noche?

—Esta noche, si puede ser. Hace tiempo que pesa sobre mí una preocupación de la que puede usted librarme... ¡Es usted tan bueno!

—¡Una preocupación! ¿A tu edad? ¿Has comprometido dinero ajeno?

—No, padre mio; por este lado nada debe usted temer.

—Habla, pues, exclamó el Sr. Leniel respirando tranquilamente.

—Deseo casarme, dijo el joven haciendo un penoso esfuerzo.

El Sr. Leniel se puso serio, pero no se mostró sorprendido.

—Tienes razón; cuentas ya veintisiete años y es tiempo de que pienses en ello. ¿Y has elegido ya?

—Sí, padre mio.

Carlos callaba; el Sr. Leniel alzó la cabeza, los ojos de ambos se encontraron y el hijo comprendió que su padre había adivinado su secreto.

—Dime el nombre de la que amas, dijo el señor Leniel lentamente y con mucha gravedad.

—Ya lo sabe usted..., es Sidonia.

Aquel nombre cayó en el silencio; la noche inconsuetable invadía todo el espacio salpicado únicamente por los lejanos soles que no pueden alumbrarnos. El Sr. Leniel contemplaba la obscuridad del cielo y el brillo de los astros; su hijo esperaba su respuesta.

—Padre mio, dijo al fin en voz muy baja, la amo.

El Sr. Leniel se levantó, dió dos pasos y se apoyó en el montante de la puerta, entre la terraza y el salón; nunca le había parecido á su hijo de tan elevada estatura.

—La amas, sí, dijo; la has amado sabiendo que en su familia hay una mancha y que yo no te permitiría casarte con ella.

—Padre mio, replicó Carlos bajando la cabeza, no he sido yo quien ha querido ese amor; ha sido el amor quien ha venido...

—¡En este caso es ella!, exclamó el padre interrumpiéndole con acento severo. ¡Bien lo he visto! No soy ciego, pero no quería dar crédito á lo que veía... ¡Parecíame tan odioso! ¡Una muchacha criada en nuestra casa y por nosotros! Decía que no quería casarse... Harto sabía que no podía pensar en ello en esta ciudad, en nuestra sociedad severa...

—¡No es culpa suya!, dijo Carlos con cierta irritación.

—¿Quién dice que sea culpa suya la conducta y la muerte de su padre? ¡No soy tan cruel ni tan injusto! Pero la culpa existe; Sidonia es inocente de ella, convenido; pero si alguien ha de sufrir las consecuencias, ¿qué es más natural, que las sufra ella ó que las padezcamos nosotros?

—¿Sufrir las consecuencias? ¿Por qué?

—¿Ignoras acaso lo que es una ciudad de provincia?, replicó el padre haciendo un gesto de impaciencia. En ella todo se sabe, todo se repite, todo se abulta. En París, un hombre excluido de su clase, cambia de medio social; en provincias, ó se va ó se muere. No consentiré, pues, que te cases con Sidonia.

Ante esa oposición razonada, Carlos sentía que la cólera iba apoderándose de él.

—Pues será una gran injusticia, dijo á media voz y apretando los dientes.

—¿De modo que quieres que te lo diga todo?, exclamó el Sr. Leniel acercándose á su hijo en ademán casi amenazador. ¡Pues bien, sea! Mi oposición no es sólo porque Sidonia sea hija de un hombre viciado, de un suicida, sino porque carece de bondad y de rectitud; porque te ha conquistado secretamente sabiendo que yo no consentiría en esos amores; porque desde hace algunos meses, en el hogar de tu padre, en la casa de tus hermanas, tienes con ella una intriga vergonzosa...

—¡Padre mio!, gritó Carlos irguiéndose delante de él. ¡No la insulte usted! ¡Sidonia es intachable!

—¡Así lo espero!, replicó el Sr. Leniel desdeñosamente. Pero ¿crees que he de querer llamar hija mía á la que ha recompensado mi bondad incitándote en contra mía, trabajando traidoramente en la sombra? ¡Sólo por esto no la querría en mi familia!

Dió algunos pasos; pero luego, repentinamente ablandado, acercóse de nuevo á su hijo.

—Entiéndeme bien, Carlos, dijo; no quiero que haya entre nosotros una mala inteligencia. Por primera vez estamos en desacuerdo; hasta ahora has

sido un hijo amante y respetuoso, y yo estaba... estoy orgulloso de ti. Has hecho honor a nuestro nombre y a nuestros negocios, cual corresponde a un hombre de talento y de corazón, y mi amor y mi prudencia paterna han de protegerte contra un peligro que no sospechas, contra un porvenir del cual no tienes ningún presentimiento: un matrimonio imprudente, mal avenido, pesa sobre toda una existencia... Sidonia no es la esposa que te conviene y no te casarás con ella.

Carlos le había escuchado temblando de cólera que procuraba reprimir.

—Si la odia usted hasta este punto, no comprendo por qué la ha educado usted al lado de mis hermanas.

—¿Odiarla? La odio tan poco que le tengo reservada una dote para el día en que un hombre... de ideas muy distintas de las mías quiera hacerla su esposa. Pero ahora no la reconozco... La creía egoísta, indiferente, poco cuidadosa de la dicha ajena..., mas no sabía que fuese falsa y engañadora. Aunque no por otra cosa, no quisiera por esto que te digo que fuera tu mujer.

Carlos hizo un gesto lleno de amargura y de orgullo.

—Más adelante, dijo su padre, me darás las gracias.

—¡No lo crea usted!, respondió el joven dirigiéndose a la puerta.

Ya en el umbral se detuvo.

—Y ahora, dijo, Sidonia sufrirá las consecuencias de mi amor. ¿La castigará usted por el cariño que me ha inspirado?

—¿Castigarla? Bien lo merecería, pero no soy un mal hombre. ¿Sabe que tenía el propósito de hablarle hoy?

Por vez primera en su vida Carlos mintió a su padre.

—No, respondió bajando la cabeza.

El Sr. Leniel le creyó.

—Siendo así, nada le diré. Mañana saldrás para París, en donde permanecerás hasta que yo te llame; de este modo tendré tiempo para tomar una determinación. No temas que ni tus hermanas ni yo seamos duros con ella; y aun en el caso de que yo intentara serlo, Aurette la defendería... Dentro de unos diez días habré adoptado una resolución. Y ahora, retírate, hijo mío.

Carlos iba a salir cuando su padre lo llamó.

—No soy hombre aficionado a las palabras vanas, le dijo; jamás—y acentuó esta palabra,—jamás consentiré gustoso en que te cases con Sidonia. Puedes, sin duda alguna, llevar adelante tu propósito y casarte sin mi consentimiento, pero no querrás hacerlo. No, Carlos, no puedo creer que me asestes un golpe tan cruel. Dices que ella no merece sufrir; pero tampoco merezco yo sufrir en mis hijos... He sido, en cuanto he podido, un buen padre, un hombre honrado y un buen ciudadano... ¡Carlos, tú no querrás entristecer mi vejez!.

Y diciendo esto tendió las dos manos a su hijo vacilante.

—¡Hijo mío!, exclamó con voz entrecortada.

Carlos cogió las manos de su padre y las estrechó; el Sr. Leniel le atrajo sobre su pecho y le retuvo largo rato entre sus brazos.

—Procuraremos que sea dichosa, dijo al fin soltándolo; doblaré la cantidad que le destinaba en dote; la llevaré a los baños de mar, a algunas aguas... Y si es preciso, el invierno que viene iremos a París, en donde encontraré un buen marido para ella, un hombre honrado, pues no todo el mundo tiene nuestros prejuicios de provincias... Sidonia será dichosa, y tú, tú ya no eres un niño, te pondrás sobre ti..., te consolarás; tu padre te sostendrá y habrás cumplido con tu deber.

Hablaba con el aplomo del hombre dotado de gran experiencia de la vida y que conoce la insignificancia de las pasiones eternas; pero Carlos era joven y no podía mirar las cosas de la misma manera. De nuevo estrechó las manos de su padre y salió sin contestar una palabra.

El Sr. Leniel volvió hacia la ventana, se apoyó en el alféizar, adoptando su postura favorita, y contempló las estrellas.

Sentía el corazón oprimido. ¡Ya podía hablar Carlos de los que no habían merecido su suerte! ¿Había acaso merecido él que aquella huérfana, amparada por la bondad de su esposa y de él mismo, le causara el pesar más grande que había experimentado desde la muerte de su compañera? ¿Era esta la recompensa de su caridad?

Continuaba interrogando a los astros, que por toda respuesta parecían parpadear misteriosamente, cuando el ligero paso de Aurette sobre el piso de madera le sacó de su meditación.

—¡Cómo! ¿No duermes todavía?, preguntóle con cierta inquietud.

—No, papá; he oído su voz y la de Carlos; como mi cuarto está encima de la terraza... Carlos ha subido y yo vengo...

—Como siempre, a traerme el consuelo de tu presencia.

—En parte. Pero ya sé de qué hablaban ustedes.

—Carlos te lo había dicho.

—No; yo lo había adivinado hacía mucho tiempo. Sidonia es joven y hay que perdonárselo.

Sus brazos acariciadores rodearon el cuello del señor Leniel, y toda su actitud pedía gracia para los dos enamorados.

—¿Perdonárselo?... ¿Quieres decir que sería menester casarlos?

Aurette vaciló, besó a su padre y llevándolo a su butaca cerró la ventana, por donde entraba un fresco demasiado intenso. El Sr. Leniel la contemplaba emocionado al ver aquel cariño que atendía a todo y turbado al mismo tiempo por lo que acababa de escuchar.

—¿Querías casarlos?, repitió en tono casi incomodado.

—¡Qué sé yo!, respondió Aurette sentándose enfrente y muy cerca de él. Usted es mejor juez que yo; el único juez de lo que exige el honor de nuestra familia; pero...

Se detuvo meditando, buscando una manera de formular su pensamiento, todavía vago.

—¿Pero qué?, preguntó su padre con cierta impaciencia nerviosa.

—Voy a decírselo a usted. No había pensado mucho en ello antes de esta noche, mejor dicho, había pensado y con frecuencia, pero temía lo que ha sucedido..., no sé expresar bien mi idea.

Era tan sincera en la ingenuidad de su incertidumbre, que su padre, a pesar de la grave preocupación que le dominaba, sintió que acudía a sus labios una semisonrisa. ¡Esa sí que era oro puro! ¡Era la verdadera hija de su corazón y de su inteligencia!

—Pareceme, siguió diciendo Aurette después de un silencio que el Sr. Leniel se había guardado de interrumpir, que esa boda no sería tan imposible...

—¿Sabes cómo murió su padre? ¿Sabes cómo vivió?, exclamó el Sr. Leniel interrumpiéndole.

—Sé que ni su vida ni su muerte fueron ejemplares; pero, papá, Carlos tenía razón por lo menos en una cosa, y es en que a Sidonia no le cabe en ella la menor culpa.

—Bueno, sí, te concedo esto, dijo el Sr. Leniel siempre nervioso; pero su conducta actual, esos tapadillos, esa intriga desarrollada dentro de mi casa entre tu hermana y tú... ¿tienen disculpa en tu concepto?

—Yo, papá, nada tengo que disculpar, repuso Aurette con una sonrisa bondadosa, tímida y suplicante. El único ofendido es usted..., y siendo así, me parece...

—¡Síguelo!

—Pues bien, me parece que si usted es el único que tiene el derecho..., ¡oh, papá!, no me atrevo a decir el deber... de perdonar...

Al pronunciar estas palabras, habíase inclinado sobre la mano de su padre y, cogiéndola entre las suyas, la había acercado a sus labios. El Sr. Leniel la retiró suavemente.

—Créeme, Aurette, dijo; un hombre es mejor juez en esos asuntos. Es una cuestión de honor, hija mía; Sidonia ha faltado moralmente al honor.

—También es una cuestión de amor, padre mío. Se aman y piensan que nunca serán el uno del otro. ¿Se hace usted cargo de lo que deben sufrir?

El Sr. Leniel, sorprendido, miró a su hija con atención. Sabía que era adicta a su prometido, pero lo era asimismo a su familia y a sus deberes: ¿habría sentido ella emociones por él no sospechadas?

—¿Y tú lo sabes?, dijo.

Aurette se ruborizó; su cutis nacarado tiñóse de púrpura como herido por un rayo de sol y sus ojos se velaron. Era la primera vez que su padre la interrogaba acerca de sus sentimientos íntimos; mas como era recta y tenía el valor de su rectitud, contestó sin titubear:

—Por lo menos sé algo de ello. Consentí en mi matrimonio con Raúl Bertholón por consejo de usted, papá; pero ahora, si hubiese de renunciar a él...

Vencida por la intensidad de su emoción, se calló, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Por esto, añadió casi en seguida, siento gran compasión, sí, una gran compasión por esos muchachos.

Calificaba ingenuamente de muchacho a su hermano, que tenía algunos años más que ella; mas ¿caso desde hacía muchos años no estaba acostumbrada a velar como una joven madre sobre toda aquella familia cuya felicidad estaba en sus manos?

Tentado estuvo su padre de preguntarle si realmente creía que el amor de Sidonia era como el suyo; pero se contuvo. ¿Para qué tales comparaciones?

—De modo, dijo, que crees que yo debería ceder.

—Sí, papá; a lo menos eso me parece.

—¿Has pensado en el efecto que semejante resolución produciría en la sociedad?

—¿Por ventura vivimos para la sociedad?, repuso Aurette moviendo la cabeza.

—No, pero en la sociedad vivimos. Por ejemplo, sin ir más lejos, ¿qué diría la señora de Bertholón?

—No es muy indulgente, en verdad, pero dejaríamos que dijese lo que quisiera.

—¿Y tu novio?

—¡Oh!, exclamó con graciosa risa de triunfo. Si le pareciera mal, es que no sería el mismo y entonces yo dejaría de amarle.

Hablaba con una seguridad absoluta, con entera libertad de espíritu. La momentánea escena de aquella noche le había infundido una nueva fe en Raúl.

Su padre la miró con una ternura que tenía algo de compasión; la vida había de ser muy ruda para aquella criatura exquisita, demasiado buena, demasiado recta, demasiado ignorante del mal...

—Mire usted, papá, mientras bajaba la escalera combinaba yo un plan: puesto que Carlos ha de partir pronto para las Indias, podríamos dejar que se fuera a París; allí se casaría tranquilamente con Sidonia y emprenderían juntos el viaje. Más adelante diríamos que se habían casado, y como entonces ellos estarían lejos, las murmuraciones no les causarían ningún daño...

—¿Pero y nosotros?

—¡Oh, papá! Usted está muy por encima de todas esas cosas, y en cuanto a mí, me parece que lo estoy también. Y cuando volverían, haría ya tiempo que todo se habría olvidado.

El Sr. Leniel permanecía callado. De pronto se levantó.

—Vamos a acostarnos, dijo; la noche es buena consejera. Te diré, sin embargo, que no me has convencido; y aunque algún día, que no preveo, hubiera de dar un consentimiento, que por ahora estoy resuelto a negar, Sidonia no sería nunca verdadera hija mía de corazón, pues jamás podré perdonarle el pesar que me causan su ingratitud y su deslealtad. Buenas noches, hija mía.

Y abrazando a Aurette la besó efusivamente. Mientras ella subía la escalera delante de él, con la vela en la mano, la contemplaba con el orgullo del poseedor de un tesoro único a la vez que con el cariño del padre. ¡Sí, aquella hija era un diamante puro, y el hombre que le diera su nombre sería un hombre feliz, bienaventurado entre todos los hombres!

III

A la mañana siguiente, Aurette fué, como siempre, la primera en bajar al comedor. Julia había regresado a las seis a su convento; el Sr. Leniel solía ser el último en presentarse. Entró Sidonia más pálida y silenciosa que de costumbre; dió un beso a Aurette, un beso distraído, y se sentó en su sitio con la mirada fija en la puerta.

En vano Aurette se esforzó por conseguir de su compañera de infancia alguna frase trivial que le permitiera proceder como si nada hubiese pasado; no fué posible hacerle decir una palabra. Llegó Carlos, dió los buenos días a su hermana, tendió su mano a Sidonia y se sentó en actitud que quería aparentar indiferente.

Aurette se le oprimió el corazón. No era muy entendida en materia de amores, pero al verlos juntos había percibido la certeza de que se habían hablado después de la entrevista entre Carlos y su padre; a la vista saltaba que Sidonia conocía el modo de pensar del Sr. Leniel respecto de ella.

«¡Con tal que mi padre no lo note!, pensó. ¡Entonces sería inflexible!»

El Sr. Leniel llegó tarde y afortunadamente estaba harto pre-ocupado con sus propios pensamientos para fijarse en los demás. Sidonia le había presentado la frente, como de costumbre, y él la había besado, sin dar, al parecer, a aquella acción ninguna importancia; luego se había sentado desdoblado su periódico. Después que le hubieron servido el chocolate, Aurette hizo una señal a Sidonia, que la siguió, y salieron juntas del comedor, dejando en él solos al padre y al hijo.

Sidonia quería esquivarse cuando daban la vuelta al vestíbulo; pero Aurette la detuvo y con una autoridad sorprendente la empujó al salón y la sitió, por decirlo así, en un ángulo del mismo, de donde no podía salir sin apelar a la violencia.

—Veamos, dijo, cómo has podido dejarte arrastrar...

—¡Frasas altisonantes!, respondió Sidonia encogiéndose la barba y con aire de fastidio. ¡Grandes escenas!.. ¡1830 y toda la escuela romántica!.. Por Dios, Aurette, ahórrame esto. ¡Bastante fastidiada estoy para que todavía me aburran más!

La señorita Leniel hizo un movimiento involuntario hacia atrás, tanto la ofendía y tan monstuoso le parecía aquel lenguaje. Sin embargo, su natural indulgencia le sugirió inmediatamente una disculpa y de nuevo se acercó á Sidonia.

—No es mi ánimo aburrirte, dijo; pero piensa un poco en lo que haces y en el modo como eso puede ser interpretado. ¡Si se supiera!..

—¿A quién se refiere ese *se*?, preguntó Sidonia con acento irónico y altanero.

—A los criados!, respondió Aurette con cierta brusquedad. Si *se* supiera que has encontrado medio de hablar con Carlos esta noche, ó esta mañana, pero en uno ó en otro caso á escondidas...

—¡Qué maliciosa!, dijo Sidonia interrumpiéndole. ¿Crees que es muy difícil? Hablé con él anoche mientras tú estabas con el Sr. Leniel. Estábamos sentados en la escalera y cuando abriste la puerta para subir, nos separamos. Ahí tienes explicada la cosa.

La explicación era, en efecto, muy sencilla, y Aurette, después de oírla, quedóse confusa.

—¿De modo que le esperabas?, preguntóle estupefacta.

—Por supuesto. Es para nosotros cuestión de vida ó muerte. A nadie le gusta estar pendiente de un hilo, y en estas condiciones se tiene prisa por saber cuándo se tocará tierra.

—¿Y si yo no hubiese bajado á hablar con mi padre?, preguntó Aurette luchando contra una impresión singularmente desagradable.

—Habríamos esperado á que te hubieses acostado. Yo no vivía; era preciso saber á toda costa...

Pronunció estas últimas palabras con los dientes apretados y con una fuerza oculta que la rehabilitó algo en el concepto de Aurette: Sidonia, víctima de una pasión dominante, irresistible, sería mucho más disculpable de lo que ella había supuesto.

—Ya sabes, pues, dijo la Srta. Leniel, que mi padre no consentirá, á lo menos por ahora; así se lo dijo á mi hermano.

—Sí, probablemente no soy de familia bastante buena ni bastante rica.

—No incurras en esas ruindades, repuso Aurette con autoridad. Harto sabes que la fortuna nada tiene que ver con ello; y en cuanto á la familia..., mi padre podría tal vez con el tiempo decidirse á prescindir de ciertas consideraciones, pero...

—Cuando no se quiere una cosa nunca falta un *pero*, replicó irónicamente Sidonia.

—Pero lo que ha indignado á mi padre, prosiguió diciendo Aurette sin desconcertarse, ha sido precisamente el sistema de tapadillos...

—Si le hubiese pedido permiso para amar á su hijo, ¿crees que me lo habría dado?

—Cuando menos te habría estimado.

—Probablemente van á echarme á la calle, exclamó la huérfana en tono taimado. A bien que ya estoy preparada á ello.

—¡Sidonia!, dijo la Srta. Leniel con su voz grave y dulce, no seas mala, te lo ruego... Si tienes la desgracia de pensar maldades, ten por lo menos bastante dominio sobre ti misma para no decírmelas. Desde el día en que nuestra madre te trajo aquí, he sido para ti una verdadera hermana... ¡Me acuerdo de aquel día! Estabas flaca, pálida..., tu vestido negro te hacía parecer más alta; llorabas...

Sidonia desvió la mirada.

—«Aquí tenéis otra hermana,» nos dijo mi madre. Tú quizás te has olvidado de eso, pero yo me acuerdo muy bien y sé que al besarte te dí toda mi amistad, que después he seguido profesándote, aunque...

—¿Aunque soy insoportable?, redarguyó Sidonia sin mirarla.

—No, pero sí dominada por un orgullo que á veces te hace ser muy brusca.

La joven rebelde hizo un movimiento de desdén.

—¡Qué quieres!, dijo. Jamás he podido soportar



—¡Sidonia!, dijo la Srta. Leniel con su voz grave y dulce, no seas mala, te lo ruego...

las humillaciones y de ellas ha estado llena mi vida...

—¡No aquí!

—Aquí como en todas partes. No por culpa tuya, lo reconozco; pero no se trata de eso. ¿Qué quieren hacer conmigo? Supongo que conocerás los propósitos de tu padre.

—No sé de ello absolutamente nada; pero, Sidonia, aquí todos te quieren y mi padre mismo está dispuesto á disculparte...

—¿Hasta el punto de dar su consentimiento?

—No sé..., no lo creo, al menos por ahora. Más adelante, tal vez... ¡Es tan bueno! Sé afable con él, ponle buena cara, muéstrate sumisa y arrepentida...

—¿Como en las historias virtuosas? No podría, Aurette; no hay que tenerme mala voluntad por ello, pero ese papel no es de mi cuerda, la sensibilidad no se ha hecho para mí.

Aurette se apartó. Aun sabiendo que Sidonia no era sincera consigo misma y aparentaba ser más mala de lo que era en realidad, aquella actitud de su compañera la hacía sufrir.

—¡Entonces no comprendo por qué Carlos te ama!, dijo con despecho é impulsada por un ligero sentimiento de cólera que en aquel instante se sobrepuso á su bondad.

—¿Por qué? Esas cosas no tienen por qué. Tú quieres á tu novio, y yo, á mi vez, me pregunto qué puedes amar en ese hombre apático. Amo á Carlos y él me ama á mí. No puedo darte otra explicación.

El acento de calor sincero con que había hablado era tal, que hacía perdonar la dureza de sus palabras. Aurette, sin hacer caso del ataque dirigido contra Raúl, alegróse de oír al fin salir de aquellos labios juveniles algo que hablara en favor de Sidonia.

—Si de veras le amas, dijo con dulzura, ten paciencia y espera. Por mi parte, haré cuanto pueda para decidir á mi padre á que dé su consentimiento. Sidonia lanzóle una mirada singular. Aquella pro-

mesa no le sorprendía; por ligera y vanidosa que fuese, había podido apreciar las cualidades superiores de Aurette, y en el fondo de su alma la había considerado como un auxiliar probable cuando llegara el momento de la lucha. Su orgullo indomable le había impedido abrir su pecho á esa hermana mayor, tan juiciosa y tan buena. ¿Pedirle su protección? ¡Bah! Y sin embargo estaba casi segura de su indulgencia. Por un momento lucharon los buenos y los malos sentimientos en aquella alma inconstante; después, Sidonia cogió á Aurette por los hombros y la sacudió con una especie de rabioso cariño. Más alta que ella, la dominaba un poco, y el modo de echar hacia atrás la cabeza aumentaba aún esa ligera superioridad.

—¡Eres la bondad misma, y en ti se juntan todas las virtudes! ¿Y qué más?, dijo con acento burlón al través del cual se descubría un afecto verdadero. ¡Qué fastidioso es vivir con la perfección! ¡Es humillante, es vejatorio, es!.. ¡Es inspirarle á uno la necesidad de cometer todas las tonterías..., Aurette!

—¿Qué dices?, exclamó ésta, que la escuchaba sonriendo con cierta tristeza.

—Si alguna vez se me ocurriese alguna tontería demasiado grande, pensaría en ti, y creo, sí, creo firmemente que el temor de apesadumbrarte me impediría cometerla. Y si la cometía sería por no haber pensado en ti.

Depositó en la mejilla de Aurette un fuerte beso que dejó una señal blanca, substituída pronto por un poco de rubor, y se fué tranquilamente.

Por su parte, el Sr. Leniel había hablado en el entretanto muy seriamente con su hijo. La noche había sido, en efecto, para él buena consejera; la idea sugerida por su hija de casar á Carlos y á Sidonia lejos de Angers allanaba algunas de las dificultades suscitadas por aquel proyecto de matrimonio, y la resolución de casar á Aurette primero, ante todo, solventaba otras desde el punto de vista so-

cial. La situación resultaba más clara, libre de todo lo que no era el sentimiento personal del padre de familia.

El Sr. Leniel estaba dispuesto á hacer grandes sacrificios por la felicidad de sus hijos. Si Carlos hubiese elegido á una joven enteramente pobre, pero de una familia sin tacha y antes de avanzar un paso más hubiese comunicado sus proyectos á su padre, éste no habría seguramente opuesto ninguna objeción, pues era hombre de sentimientos generosos.

Pero en las actuales circunstancias distaba mucho de creer que el enlace con Sidonia pudiera hacer feliz á Carlos, para quien, en tal caso, preveía en un porvenir muy cercano disgustos y pesares de toda especie, no sólo de los que vendrían de fuera, sino de aquellos, harto más profundos, que se engendrarían en lo más hondo de su alma.

El Sr. Leniel no creía en la constancia de Sidonia, ni en que su cariño fuera desinteresado; estaba seguro de que el amor que profesaba á su hijo era para ella un medio de entrar en la vida, no un fin definitivo.

Convencido de esto, pero queriendo proporcionar á la huérfana ocasión para demostrar sentimientos más elevados que los que él le suponía, se atuvo á una resolución equitativa en su concepto: Carlos esperaría dos años, y cuando Sidonia hubiese cumplido los veintiuno, si conservaban ambos los mismos sentimientos, el Sr. Leniel consentiría en su boda; hasta entonces, se mantendría el asunto en el mayor secreto, y si alguno faltaba á éste, quedaría roto el pacto.

El Sr. Leniel, en el fondo, no creía que la constancia de Sidonia resistiera una prueba tan larga. Tal fué la decisión que comunicó á su hijo, con una dulzura bajo la cual se adivinaba una firmeza inexorable.

(Se continuará.)

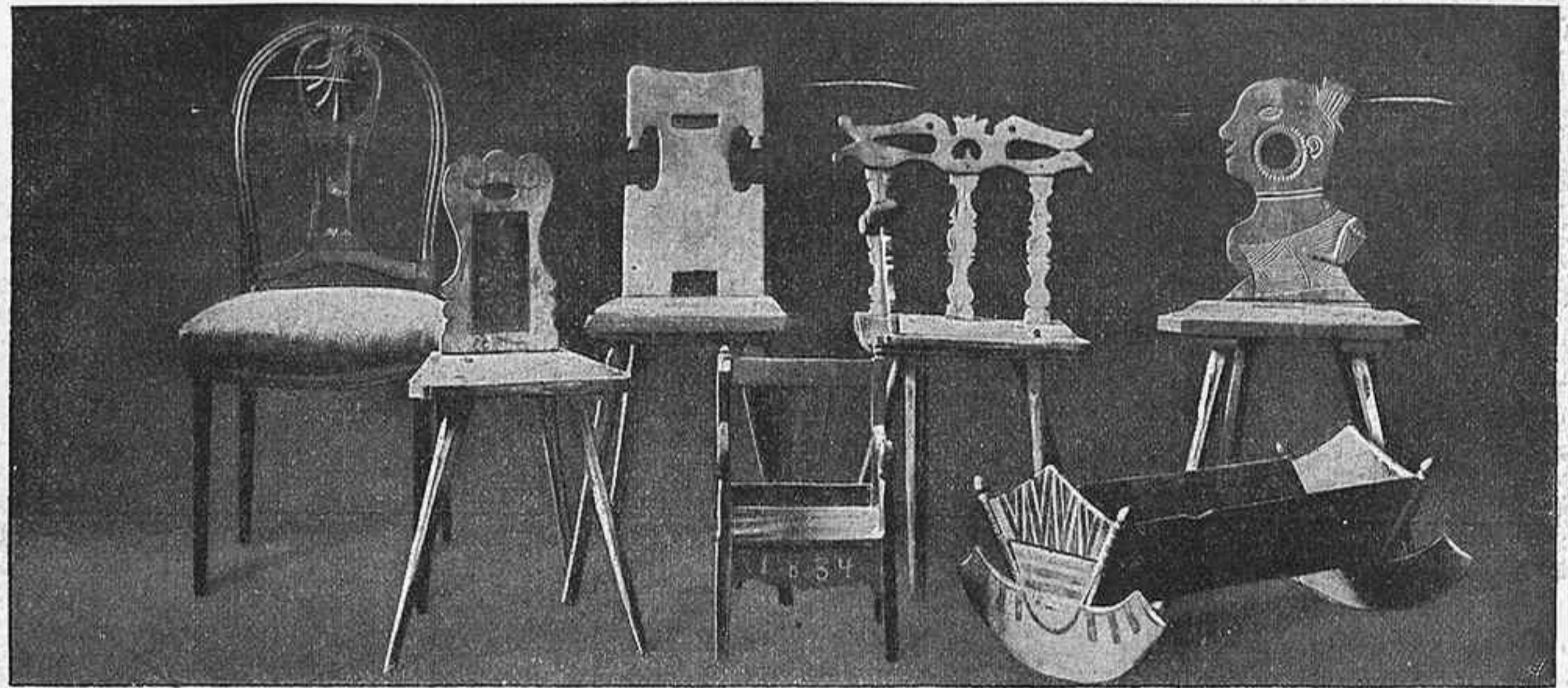
MUEBLES ANTIGUOS DE LOS CAMPESINOS AUSTRO-HÚNGAROS

Austria Hungría, con la diversidad de sus razas, se presta como pocos pueblos al estudio de la evolución de un arte indígena. A pesar de ser cierto que cada día se van empleando más las máquinas para hacer con febril apresuramiento lo que antes se hacía despacio y á conciencia, todavía queda mucho por explorar en los hogares campesinos. Los albañiles y carpinteros de los pueblecillos arrinconados continúan hoy construyendo y adornando sus casas del mismo modo que en tiempos pasados lo hicieron sus antecesores, y si bien alguna que otra vez visitan las ciudades y contemplan con ojos asombrados las transformaciones que en ellas se efectúan, regresan á sus lares contentos con seguir como hasta ahora disfrutando de escasas comodidades y sin ningún deseo de imitar á los habitantes de las grandes poblaciones.

Existe en Austria-Hungría el propósito, que se robustece cada día, de fomentar el arte nacional y de rescatarlo del olvido en que yace, y por esa razón se han creado las *Fachschulen*, ó escuelas de oficios, y los museos locales. En todas las provincias, debido al celo de los directores de esos museos, han salido á la luz pública, y en mayor número de lo que hubiera podido esperarse, muchos ejemplares del antiguo mobiliario de las gentes del campo, fruto obte-

de valor de la familia; sobre él una cruz ó una santa imagen; los cuadros, comúnmente de asuntos religio-

mediados del siglo XVIII. El arca de boda, que todavía es mueble indispensable en todos los hogares, si



Colección de sillas y una cuna, hechas por campesinos austriacos. Museo Popular austriaco, Viena



Sillas y arca de boda de los campesinos del Tirolo, de los siglos XVI y XVII. Museo de Industrias, Innsbruck

nido en sus exploraciones de las más remotas aldeas. En el Tirolo y en aquellas otras regiones donde ha reinado la paz, los muebles que aún se conservan son más antiguos y bellos que los de las comarcas que periódicamente y durante siglos han sido asoladas por los furioses de la guerra. En el Tirolo se han encontrado muchos muebles y utensilios caseros que datan de la Edad media, al paso que en Hungría, Bohemia, Moravia y Croacia nada se ha hallado que sea anterior á los últimos años del siglo XVII.

Las diferencias que existen entre las diversas razas se manifiestan en la forma y colorido de la ornamentación. En el Tirolo hay gran afición á los trabajos de talla con azuela, que se cubren luego con una capa de un solo color ó de varios, pues es eso el país de la escultura. En Salzburgo y en el Salzkammergut prefieren los diseños hechos en la madera con un hierro candente. Más al Norte y al Este, el colorido es más rico, principalmente entre los eslavos, cuya afición á los tonos vivos se descubre en todo cuanto les rodea.

En los pueblecillos de Moravia, Croacia, Bohemia y Hungría, todas las primaveras se da á las casas una nueva mano de pintura, así interior como exteriormente, de colores fuertes, pero conservando los mismos dibujos en cada distrito, sin cambiarlos ni modificarlos jamás. Estos trabajos de ornamentación los hacen invariablemente las mujeres, mientras los hombres cultivan los campos.

La distribución del mobiliario era y es todavía distinta en cada distrito. En la habitación donde, por lo general, se hace la vida, hay un armario ó un arca en que se guardan los objetos

de uno de los muros lo ocupa una especie de vasario donde se ostenta la vajilla de las solemnidades y otros objetos; en el tercer muro se coloca un segundo ar-

bien con frecuencia la destinan á otros usos, raras veces está colocada sobre pies. El color del mobiliario varía según las comarcas y el gusto de cada dueño, pero la forma muy rara vez.

Los adornos de los armarios son ondulados, entremezclados de líneas curvas; en los tableros lucen los



Sillas de campesinos del Tirolo, siglos XVI y XVII. Museo de Industrias, Innsbruck

mario, que también guarda enseres de valía, y á lo largo del último lado corre un banco que si la familia es numerosa se prolonga por uno de los contiguos. Delante del banco se sitúa la mesa. Para los amos y los convidados hay sillas; para los niños y criados, si los hubiera, banquetas.

acostumbrados jarrones, de cuyas bocas brotan flores. Las mesas varían muy poco en su forma; se distinguen sobre todo por su fortaleza y están hechas de modo que puedan fácilmente desarmarse.

Las sillas, que presentan poca diversidad, excepto en los adornos, formaban parte principal del mueblaje de una casa; en otro tiempo, únicamente el amo tenía una, que era, por lo general, regalo de boda de la novia. Los tornos de hilar provenían casi siempre de Novi Straseci, en Bohemia, lugar famoso por sus lienzos tejidos en casa.

Aún se conservan en los distritos apartados de la Estiria las cocinas llamadas *del humo*. El centro de las casas de campo lo forma un pasillo ó corredor, á un lado la cocina, al otro la habitación, donde por lo regular se reúne la familia y que sirve también de dormitorio. En el invierno se come en la cocina; en verano en el pasillo. En aquella hay gran variedad de utensilios. Hasta el gallinero tiene allí su puesto. En uno de sus lados se construye un horno pequeño que sirve para secar la leña que luego ha de quemarse. Tampoco falta en ella un instrumento para cortar el blanco repollo de col con que se confecciona el *sauerkraut*, plato favorito en todas aquellas comarcas.

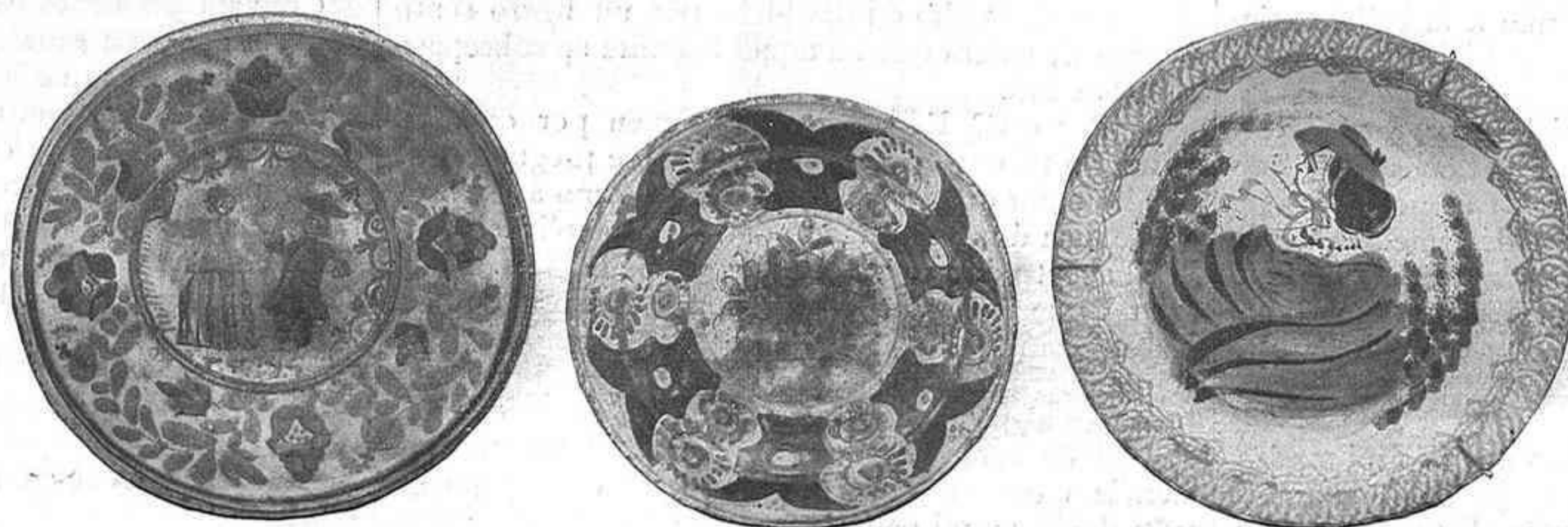
El mueblaje de los aldeanos húngaros difiere mucho del de las otras naciones, exceptuando á los croatas. Las toallas, bordadas con colores vivos, sirven como tapices para cubrir las blancas



Vasijas de barro pintadas, tomadas del «Volkstumliche Kunst» de Martín Gerlach

Inmediata á la mesa, la estufa. Antiguamente el torno para hilar ocupaba puesto preferente; hoy, ó está relegado á un rincón, ó no lo hay.

En la alta Austria se encuentran mobiliarios de



Platos de campesinos de Istria. Fines del siglo XVIII. Museo Popular austriaco, Viena

paredes, y las arcas, colocadas unas sobre otras, contribuyen al buen efecto decorativo, lo mismo que los demás muebles, adornados con imitados grabados. Los montones de almohadas son característicos de todos los pueblos, que por la noche transforman en

Junto á ella hay una silla para hilar que únicamente tiene un brazo. Las que allí están representadas son de diferentes comarcas del Norte y Sur del Tirol y en algunas se ven reminiscencias del gusto italiano. El grabado del centro de esta página representa

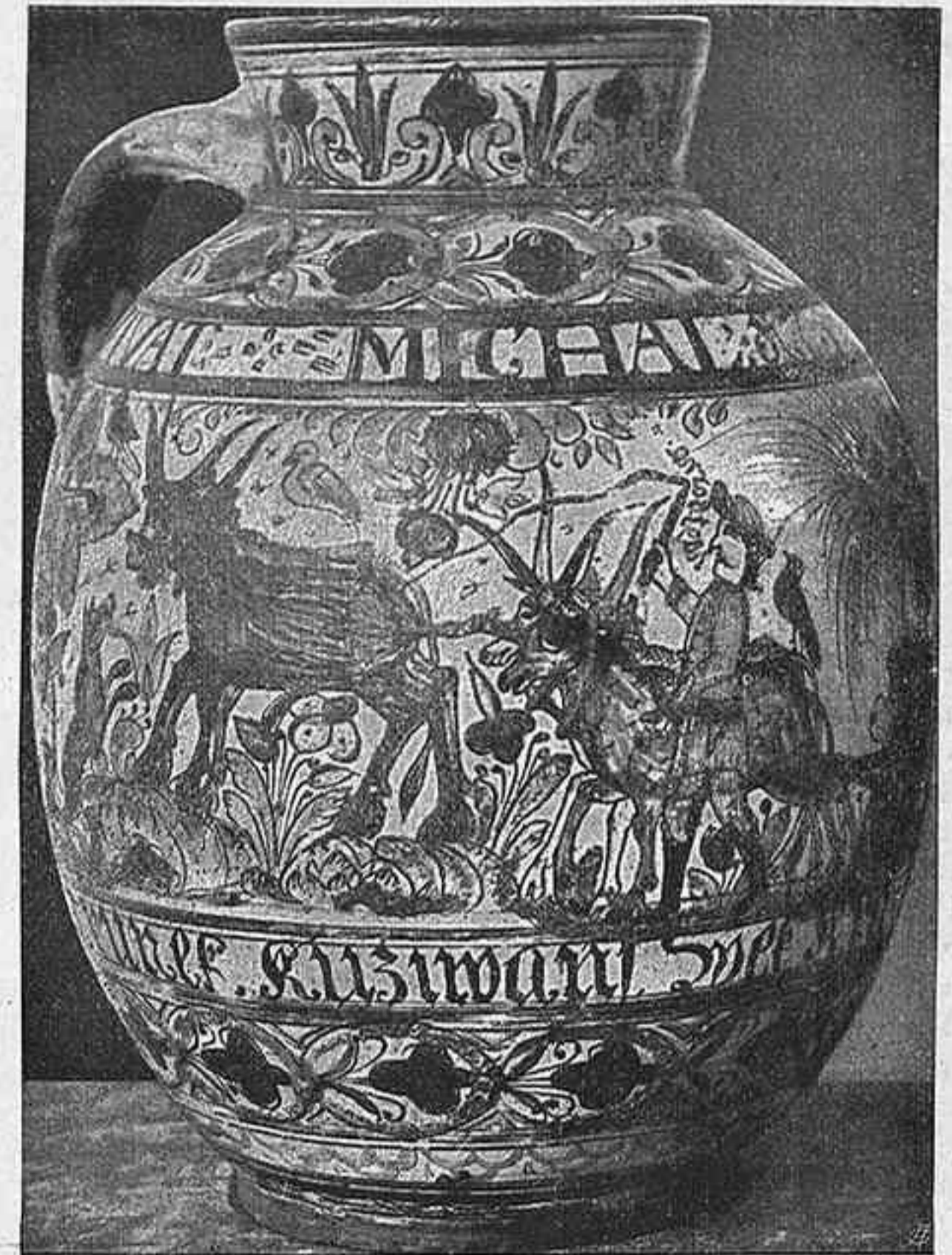
particulares, y numerosos también los morillos de chimeneas; la descripción de estos objetos requeriría un trabajo especial. Baste, sin embargo, decir que hasta en la fabricación de los mismos influían las ideas religiosas.



Vasija para beber, pintada, con tapa de peltre
Fotografía de Mr. Gerlach



Arca del gremio de tejedores de Jablunkau, Silesia, siglo XVIII
Museo Popular austriaco, Viena



Jarra de barro adornada con figuras
Fotografía de Mr. Gerlach

dormitorio la habitación en que pasan el día y que aprovechan para cama todo el espacio disponible, el suelo y los bancos.

Las sillas son de variadas formas; muchas son evidentemente imitaciones de las de las casas de familias bien acomodadas. En el primer grabado se ve una cuyo respaldo se comprende que se quiso fuera el retrato de alguna persona, por lo acentuado de las facciones. La extraña protuberancia que se distingue en la cabeza quizá pretenda representar el manojero de plumas con que adornaban siempre el sombrero.

una notable arca perteneciente al gremio de tejedores de Jablunkau (Silesia); lo bien ideado del dibujo la da cierta belleza y majestad.

La cerámica campesina es asunto muy interesante y digno de estudio. Los objetos que se ven en los respectivos grabados de esta página y la anterior son de diferentes regiones.

La Estiria, el Tirol é Istria se han distinguido siempre por sus trabajos de hierro forjado. Numerosos son los candeleros y otros aparatos de iluminación que se encuentran en los museos y colecciones

El estudio completo del arte casero de los campesinos es tan vasto que sería imposible abarcarlo en los límites de un artículo; varios se necesitarían para dar una idea adecuada de su grandeza, interés, origen, progresos y de su decadencia; pues, como todas las cosas de este mundo, tiende á desaparecer. Afortunadamente, las autoridades están tomando enérgicas medidas para preservar de una completa desaparición lo que aún queda.

A. S. LEVETUS.

Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano

Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.

Montaner y Simón, editores. — Calle de Aragón, núms. 309-311, Barcelona

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes, idiotismos, el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simón, editores. — Aragón, 309 y 311. Barcelona

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.



Dentición JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, París,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

ESCRITA PARCIALMENTE

POR

REPÜTADOS PROFESORES FRANCESES



Edición profusamente ilustrada con magníficas reproducciones de los más curiosos códices que existen en la Biblioteca Nacional de París, grabados, mapas, facsímiles de manuscritos importantes, así como copias de los más renombrados cuadros que existen en los museos de Europa.

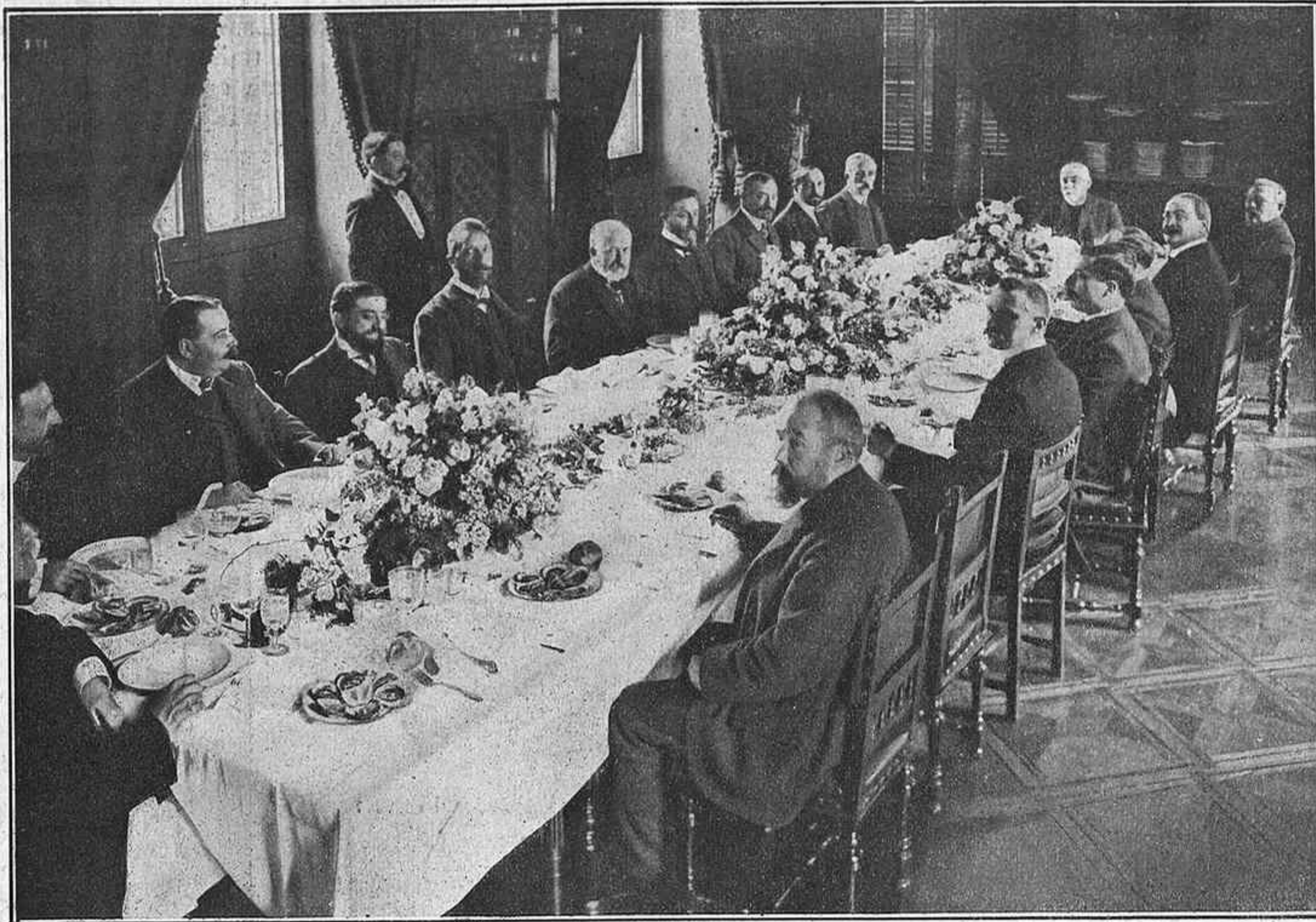
A 50 céntimos el cuaderno de 32 páginas

MONTANER Y SIMON, EDITORES

En honor de los delegados y comisarios de las naciones concurrentes a la Exposición Internacional de Bellas Artes que en breve se inaugurará en esta ciudad, celebró el 18 de los corrientes, en el llamado Pabellón regio, un almuerzo íntimo con que obsequiaron á aquéllos el alcalde Sr. Sanllehy y la Comisión organizadora del certamen artístico.

Asistieron á la fiesta, que presidió el Sr. Sanllehy, los señores Ferrari y Cescatti, delegado y comisario italianos; Wystzman y Togores, delegado y comisario belgas; Cortada y Azemá, delegado y comisario franceses; Salvagnini, delegado especial del ministerio de Instrucción Pública de Italia, y los individuos de la Comisión organizadora, señores Puig y Cadafalch, Bastardas Casellas, Soler y Pérez, Layret, Rogent, Mas y Fondevila, Tamburini y Pirozzini.

Inició los brindis el señor Sanllehy con uno en francés, muy elocuente, diciendo que aunque la fiesta no tenía carácter oficial, tendía á estrechar los vínculos de unión y amistad entre los allí presentes y los artistas que han prestado su valioso concurso á la espléndida manifestación de arte que dentro de poco se inaugurará en esta capital. Felicitó á unos y á otros, en nombre del Ayuntamiento, por el entusiasmo con que han acogido la exposición, y dedicó un afectuoso recuerdo á los delegados



BARCELONA. — ALMUERZO ÍNTIMO CON QUE EL ALCALDE Y LA COMISIÓN ORGANIZADORA DE LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE BELLAS ARTES OBSEQUIARON, EL DÍA 18 DE LOS CORRIENTES, Á LOS COMISARIOS Y DELEGADOS EXTRANJEROS. (De fotografía de A. Merletti.)

inglés, portugués, holandés y alemán, cuya ausencia lamentó, enalteciendo los grandes trabajos que en pro de aquélla han realizado. Asimismo tuvo un recuerdo respetuoso y entusiasta

de la exposición, que se hallan muy adelantadas y que por las bellezas artísticas que contienen han de producir admiración en cuantos acudan á verlas. — X.

para S. A. la infanta doña Paz, que tanto se ha interesado por la exposición, y terminó afirmando que todos debemos enorgullecernos del acto de cultura que vamos á realizar y que constituirá un timbre de gloria para Barcelona y para España.

El Sr. Ferrari brindó en italiano, recordando los lazos que desde antiguo unen á las naciones latinas en el augusto florecimiento de las artes. El Sr. Wystzman hizo fervientes votos por el feliz éxito del próximo certamen, lucha de paz y de amor en que toman parte los pueblos amantes del progreso. El Sr. Azemá dedicó grandes elogios al Sr. Cortada, que tanto ha contribuido á la concurrencia de artistas franceses á la exposición, y patentizó la cordialidad existente entre franceses y españoles. El Sr. Cescatti leyó un bellísimo discurso poniendo de manifiesto los beneficios que á la hermosa Barcelona ha de reportar la exposición. Finalmente el Sr. Puig y Cadafalch expresó en elocuentes frases los deseos que la Barcelona industrial sentía de ennoblecer su vida de trabajo con manifestaciones artísticas.

Terminada la fiesta, los que á ella habían asistido visitaron las instalaciones

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

Depósito en todas las boticas y droguerías. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Espustos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas boticas y droguerías.

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

PILULES de BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co, 40, R. Bonaparte, Paris.

Paris 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPILLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS 84 St-Denis, 16

AVISO Á LAS SENORAS

EL APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE

CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS 165, Rue St-Honoré, 165

Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN